

Araceli Calzado Manjón-Cabeza



Los días dormidos

Texto y dibujos

©2013 Araceli Calzado Manjón-Cabeza

ISBN 978-1-291-65212-3

Publicado por Lulu Press Inc.

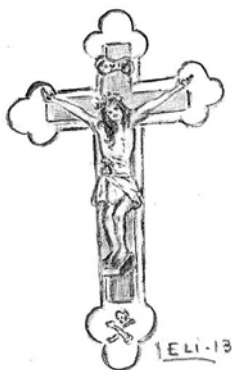


*“La vida no es lo que uno vivió, sino
la que uno recuerda y cómo la recuerda
para contarla”.*

Gabriel García Márquez

*A mi familia, responsable
de que estas pequeñas
evocaciones vean la luz.*

*A Blanca, maestra y amiga,
que me impulsa a caminar
por las veredas del alma.*



*Aunque te fuiste en el viento
tu aire está junto a mí.*

En el recuerdo

Cuando contemplo el pequeño crucifijo que mi abuela sostuvo entre sus manos, el día de su muerte, brisas de nostalgias conmueven mi memoria. Acaricio la madera de ébano, el metal que perfila la cruz, y al Cristo que sobre ella yace entregado; sobre él palpo los círculos suaves debidos al movimiento pendular del "INRI", y la recuerdo sentada en su sillón de enea en actitud recogida, como salida del cuadro "*La madre*", de Whistler. Solía "juguetear" con la chapita oscilante del crucifijo mientras, absorta, rezaba el rosario, dosificando preocupaciones en cada cuenta deslizada entre los dedos.

En silencio yo la contemplaba con ternura adivinando sus pensamientos, y sólo sabía acompañarla con mi cercanía, buscando el tacto de su piel en una caricia contenida.

Su frágil figura, apariencia equívoca de una fuerte personalidad, sobria en su atuendo, de andar pausado y ademanes delicados, no exentos de elegancia, desprendía belleza y serenidad.

Recogía sus cabellos, ligeramente ondulados, con pequeñas peinetas y originales horquillas de carey en un moño alto, que coronaba con nobleza gris su nuca, enmarcando un rostro de piel blanquísima, tímidos pómulos y nariz recta, en un equilibrio de dulzura y paz. Olía a jabón de heno, a ropa recién planchada, a

calor de hogar. Bastaba su mirada transparente y la expresión de su sonrisa, permanente abrigo, para hacernos sentir queridos, aceptados.

Recuerdo que visitar la casa de mis abuelos era desplazarme a un paraíso. Cuando iba a pasar un tiempo con ellos mi fantasía se disparaba y me sentía feliz.

Sólo evocar la figura de mi abuelo sentado en un sillón de mimbre, fumando su pipa bajo el trompeto, me daba bienestar y paz. Las flores colgantes de este árbol, blancas cornetas invertidas, desprendían un aroma que me embriagaba.

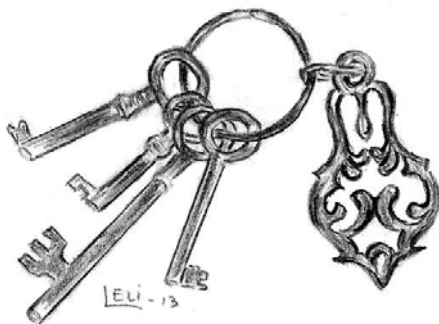
El patio estaba rodeado de jazmines, “damas de noche”, esparragueras, pilistras y geranios multicolores, que destacaban con lujuria sobre las paredes blanquísimas de cal; un naranjo y un limonero, cerca del pozo, nos arropaban en primavera con perfume de azahar.

A los pies de mi abuelo solían pasearse tranquilamente un galápago centenario, varios gatos y algún ocasional cachorrito de perro; todos cuidados especialmente por Josefina, la joven y fiel sirvienta: abundante melena oscura, rizada, ojos verdes y tímida sonrisa en un rostro siempre de fiesta. El movimiento al andar, en sus delantales de peto, era alba música en su figura. Vivía con ellos como un miembro más de la familia.

El ambiente del patio, los olores, la luz y la frescura, hacían que mi abuelo me pareciera en ese entorno un ser mágico, casi irreal, que me acogía con su mirada tranquilizadora repleta de cariño; sus manos grandes y morenas, cuidadas, y sus impecables camisas de cuello duro o tirilla, según la ocasión, abrochados con un pasador de oro.

Acostumbraba subirme en sus rodillas y narrarme historias fantásticas; el cuento de “El castillo de irás y no volverás” era uno de mis preferidos. Mientras le escuchaba solía entremeter mis dedos en su fuerte pelo, blanquísimo y corto, intentando domar sus remolinos. Me divertía jugar con sus gafas, pequeñas, con patillas flexibles que guardaba en una, casi plana, funda de aluminio forrada de terciopelo marfil.

Mi abuela era la figura silenciosa, casi etérea, que daba vida a todo con su presencia. Paseaba por la casa un arillo aferrado a la cintura, con una pieza primorosamente calada que hacía de gancho; en él portaba llaves grandes de la torre, el entresuelo, la bodega y la despensa; más pequeñas, de distinto tamaño, del tocador, la sala baja, el repostero y el aparador; también algunas, misteriosas para los nietos, que nunca supimos ubicar. Un objeto tan simple como un llavero era para mí un racimo de ilusiones y expectativas colgadas en un sarmiento inaccesible.



Me viene a la memoria cada habitación de aquella casa y lo que se escondía tras sus puertas, siempre con la llave en la cerradura como una invitación a girarla y descubrir sus misterios. Los chineros y armarios me ofrecían, a través de los visillos calados, un adelanto de su rica variedad en objetos y juguetes que yo iba descubriendo con emoción.

El aparador -que aún conservo- tenía para mí un atractivo especial. El aroma que se percibía al abrirlo era único, y la mezcla de olores parte de la identidad de la sala baja. En la parte superior, acristalada, había loza y vidrio para distintos usos; en la de abajo, cerrada por dos puertas de marquetería, se guardaba, además de algunos objetos particulares, sabrosa repostería hecha por mi abuela.

La recuerdo, en vísperas de Navidad, arremangada, batiendo la manteca manualmente sobre un gran lebrillo. El calor de sus manos hacía que la grasa sólida se tornara “pomada”. (Yo la sustituía a ratos en esta operación, pues aunque era una niña con pocas aptitudes culinarias, parecía ser útil en esa labor: *no todas*

las personas sirven para esto, hay que tener una temperatura especial en las manos, solía comentar mi abuela). Era entonces, con la manteca cremosa, el momento de añadir el azúcar, la harina y en parte de la masa el chocolate; tabletas que entre todos habíamos rallado a golpe de cuchillo la noche anterior, mientras compartíamos historias y sucedidos, sentados a la mesa estufa.

En Navidad el aparador olía a roscos de vino, tortillas de manteca y figuras de chocolate; y sobre todo a “Rosoli”. Un licor delicioso de café, canela, azúcar y anís, que hacía mi abuela en esas fechas. Era complicado por su lenta elaboración; su destilado a través de finísima tela blanca -alambique ingenioso- duraba varios días.

Mi abuelo lo supervisaba sentado, como un espectador exigente:

-¡Niña, que no gotea como debiera; ven a ver qué pasa...!

- ¿Le has puesto azúcar quemada? Ya sabes que me gusta oscuroito...

A él le encantaba esta bebida, y la quería perfecta. Yo, en los descuidos de los mayores, metía el dedo para saborear su gustillo a canela.

Se envasaba en botellas de cristal labrado: a cuadritos en relieve, cenefas talladas en los extremos o con formas originales que me seducían. En la despensa había un arcón lleno de ellas que me gustaba trastear. Las menos decorativas se usaban para conserva de tomate. Parte del producto embotellado se tomaba en Semana Santa, siempre en copitas pequeñas, acompañando a los pestiños, magdalenas y gajorros.



Otro momento especial era la hora de ir a la cama. Era muy alta, de hierro y cobre, y limitaba por un lado con un ropero-chinero de cristales de colores, que contenía en su interior toda clase de cajas y objetos variados envueltos en papeles lindos y con

cintas de colores que, en sí mismos, ya eran una incitación a descubrirlos y disfrutarlos. Por el otro lado entraba la luz de la calle, ya que a escasa distancia se hallaban el balcón y la cancela. Tenía ésta en su interior una confortable y preciosa banqueta tapizada, con patas torneadas, que ocupaba todo el espacio; y postigos laterales con pequeñas aldabillas. Rodeado todo de visillos, que no impedían ver lo que ocurría en la calle, era un cobijo lleno de encanto. (Pasados los años fue mi rincón preferido de estudio; y refugio cuando necesitaba soledad).

Pero lo que me fascinaba eran los sonidos que se producían en la amanecida. El más emotivo, el de los “Campanilleros”. Su música y voces me transportaban a otra realidad haciéndome sentir sensaciones nuevas y estimulantes que todavía hoy, después de tantos años, sigo experimentando cuando los oigo.

Recuerdo al hombre que ofrecía los hojaldres pregonándolos al alba. Estos pasteles iban en un artilugio hermético de hierro y cristal, con brasas candentes, que impedían perdieran el calor y la esponjosidad con la que salieron del horno, unas horas antes, cuando aún era alborada.

Con la luz de la mañana se oía vocear al vendedor de molletes: “*molletes calentitos...*”. Los transportaba en una cesta de mimbre, de considerable longitud, colgada de su brazo, envueltos en blanquísimos paños que conseguían mantener su blandura y calidez. El mollete con aceite solía ser nuestro habitual desayuno.

Otro rumor que me llenaba de respeto y sobrecogimiento era el del “Rosario de la aurora”. A veces envuelta en una toquilla, casi dormida, me asomaba a la cancela para verlos pasar: un sacerdote iba en medio de la calle “guiando” el rezo y, en los laterales, dos largas filas de personas respondían a su rogativa - casi en un susurro- devotamente. Me impresionaba mucho, y cuando me iba de nuevo a la cama sentía una cierta soledad y añoranza. Luego me costaba conciliar el sueño.

Mi pasión por los libros quizá venga, en parte, por las permanencias periódicas en aquella casa. Aún percibo, con toda nitidez, la sensación que me producía aquel aposento al lado de la azotea en el que un mueble negro, lleno de libros, invitaba a la

inspección y el descubrimiento; con el atractivo añadido de contener algún tomo antiguo con visos de prohibido. El abrir sus puertas de cristal, contemplar los volúmenes y escoger uno era una emoción nueva que culminaba cuando, con el libro elegido, me sumergía en el butacón, mullido y acogedor, situado junto a la ventana. Otras veces, de curiosidad impaciente, el arcón junto al armario era mi asiento.

La estancia contigua era especial por lo que albergaba en ella, y la atmósfera que se percibía al entrar. Sobre una mesa de aguja, con tapa de mármol, reposaba una urna de cristal de gran tamaño con perfiles de madera de caoba y pan de oro del que también estaban hechos los penachos y adornos que la coronaban. Todo muy barroco, como el Niño Jesús reclinado en su interior con una mano en la mejilla; mofletudo y tierno, con túnica de seda bordada y unos ojos de cristal que me miraban siempre. Yacía rodeado de angelotes y animalitos diversos -sobre todo ovejitas- sin ninguna relación de tamaño entre sí; todos ellos de una ingenuidad encantadora.

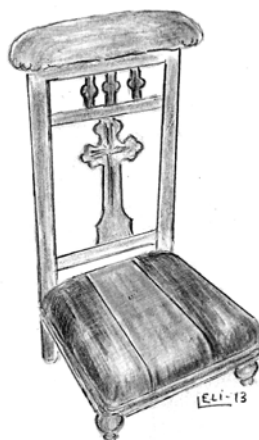
Parte del ornato de la urna eran flores hechas de hilos de seda y alambre finísimo, de pétalos imposibles, llenos de delicadeza.

En la pared de enfrente se apoyaba una cómoda de nogal, y sobre ella un crucificado de talla flanqueado por dos candelabros de bronce. Tenía una anatomía casi perfecta, de gran belleza. Estaba clavado sobre una base dorada, también de madera, que imitaba suelo, y sobre ella una calavera y unas tibias. Tanto éstas como la corona de espinas -de espino natural- que ceñía su frente sangrante, nos impresionaban hondamente a mi hermano y a mí. Tomamos la decisión, en nuestra ingenuidad, de quitársela cuando nadie nos viera e irle rompiendo, a intervalos prudentes, la parte más aguda y punzante de ella. Luego se la volvíamos a colocar. Y aunque no era fácil, llegamos a adquirir gran habilidad.

Más adelante, al oír los comentarios extrañados de los mayores, nosotros callábamos satisfechos de haber mitigado el sufrimiento del Cristo. Esta imagen siempre fue un referente muy significativo en nuestra familia.

En esa misma sala existía un reclinatorio, tapizado de terciopelo en granate y verde oliva, que yo solía usar con recogimiento imitando a mi abuela.

La habitación tenía, como la mayoría de la casa, unos cortinones de tela doble, para no dejar pasar el frío, y la luz en su caso, que eran muy agradables y desprendían un olor especial. También las alfombras de sisal, que aislaban del frío del suelo. Todo ello contribuía al bienestar y al sosiego.



La hora de la comida también era un momento mágico. La vajilla de mis abuelos era única para mí. Cualquier elemento que usara se convertía en un acontecimiento. En especial una taza, de esmaltes azules y letras doradas, con el nombre de Soledad (que era el de mi abuela), que tenía la facultad de hacer que me tomara en él la leche, que aborrecía, sólo por el placer de mirarla y sentir su tacto. Los cubiertos de plata, personalizados, de los que aún conservo la cuchara de mi abuelo, y los platos serigrafiados hacían que las comidas fueran espacios lúdicos.

Los molletes calentitos del desayuno, las rebanadas finísimas, fritas y mojadas en agua-sal, la sopa de huevo con limón, la gallina en pepitoria y la ensalada caldosa o los cogollos con miel de caña, ambos muy frecuentes en las cenas, por citar algunos, se convertían, a pesar de su sencillez, en un placer para el paladar y un banquete gastronómico.

He vivido en esa casa, ya reformada y de modo permanente, pasados los años de mi primera niñez. En ella he disfrutado experiencias y momentos muy importantes en mi vida; muy felices. Pero la magia de aquellos años sólo la revivía con la presencia de mi abuela, porque era parte de ella. Tuve la suerte de que viviera con nosotros hasta su muerte, a los noventa y cuatro años, y su compañía constante fue la llave que me abrió la mejor puerta.

Cuando partió para siempre, enredada en sus vientos quedó suspendida la sombra de mi niñez.

A mis abuelos paternos no los conocí; no pude disfrutar de ellos. Murieron, con muy poco intervalo, mientras mi padre - todavía soltero- combatía en la Guerra Civil española. Esto le afectó mucho, y dio un giro trascendental a su existencia.

Tuvo que colaborar en una desquiciada guerra fratricida. Ver morir a compañeros; protegerlos o auxiliarlos cuando podía. Presenciar la muerte de soldados al otro lado de las trincheras; quizá de algún amigo o conocido del pueblo que por pensar distinto, ahora era el enemigo. Dar y recibir órdenes, seguramente no siempre aceptadas... Toda esa agitación convulsa de su espíritu, mientras las vidas que más le importaban -las de sus padres- se extinguían en su ausencia, hirió su sensibilidad con dentelladas de impotencia. Sentía por ellos un cariño muy especial; fundamentalmente hacia su padre, por el que además profesaba un enorme respeto y a quien admiraba hasta la devoción.

Cuando terminó la guerra, los mandos superiores le rogaron insistentemente que se quedara en el ejército; era un oficial muy valorado y le tenían en gran estima. Podía haber hecho una brillante carrera militar. Pero él sólo pensaba en hacer lo que sabía fueron deseos paternos: seguir con el comercio que la repentina muerte de mis abuelos interrumpió. Aunque no estaba dotado para ello -ni le gustaba- lo asumió como un deber moral hacia sus progenitores. Cambió las teclas de la linotipia -que era su profesión hasta que le reclutaron- por las de la máquina registradora; amplió el negocio y se volcó en él. Mudó voluntariamente el rumbo de su vida.

Renunció a sus propios anhelos y vocación, y se fundió en el alma de su padre. Físicamente distintos (mi padre, en aquellos años delgado, de tez blanca, pelo negro rizado, ojos castaños... Mi abuelo -según reflejaba el cuadro de gran tamaño que teníamos en casa, parejo al de mi abuela- rubio, de una mirada azulada

intensa, pelo liso, constitución fuerte...), en lo demás llegaron a ser tan semejantes que no se sabía si la analogía era genética o un contraído mimetismo que les había fusionado.

Pienso que su expresión de firmeza, su semblante serio y riguroso -en algunos momentos- eran estrategia de camuflaje de una lucha interior. En ocasiones de serena calma le salía su sentido del humor, no exento de ingenio; superviviente de su cruel vivencia de plomo. La sonrisa que afloraba en sus labios delgados era atrayente, cálida y acogedora. Pero a veces sólo un rictus; un conato de sentimientos velados. Quizá ésta fuera la causa de algunas de sus fluctuaciones de carácter. Fui aprendiendo a leer su bondad y servicio a los demás en la caligrafía -poco nítida- de su gran calidad humana.

Me gustaba verlo salir los domingos hacia misa de doce. Su presencia tenía empaque; sobre todo cuando lucía la capa cordobesa. Ahora pienso que llevaba embozados en ella afectos y desazones.

También me impresionaba su apostura cuando el Jueves Santo vestía la túnica de cofrade del Cristo de la Sangre. Estaba tejida en grueso algodón color marfil, como asimismo la amplia capa -con escudo ovalado de la cofradía en un lateral- que le cubría hasta los pies. Recorría la vestidura una hilera de pequeños botones forrados en seda morada. Del mismo color era el cordón que a modo de cingulo ceñía la cintura y que, rematado por llamativos borlones, se deslizaba a lo largo de la prenda.



El singular “antifaz”, de terciopelo morado, que cubría el capirucho desde el extremo del cono hasta los hombros, parte de la espalda y el pecho, era de una sola pieza; sólo tenía unos orificios a la altura de los ojos para tener visión del entorno y poderse desplazar. Unos guantes de piel negra y zapatos del mismo color completaban el atuendo.

El momento de revestirse era un ritual solemne, ambientado en el respeto y la devoción, compartido por toda la familia. Cuando salía camino de la iglesia el movimiento ondulante de la amplia capa, mecida suavemente por el viento, daba a su figura una elegancia barroca. Luego, cuando desfilaba junto al Cristo, mi hermano y yo intentábamos adivinar quién de entre los numerosos hermanos, que en dos filas acompañaban alumbrando al Crucificado, era nuestro padre. En su recorrido final la procesión pasaba por nuestra casa, y era habitual que algún “cantaor” subiera a nuestro balcón a entonar saetas. Pienso que el Jueves Santo era para él el día más importante del año.

Su amor y entrega al Cristo de la Sangre fueron esenciales en su vida y le acompañaron siempre; siendo su fuerza en todo momento. No se acostaba nunca sin tener un rato de oración ante Él. Cuando vino a vivir a Madrid, al no poder rezar a la talla original, lo hacía frente a una copia que guardaba con gran cariño y devoción. Cuando murió y le acompañábamos en el tanatorio, con el corazón destrozado por su inesperada partida, observé tras el cristal del recinto donde yacía, algo que no identificaba. Me acerqué y vi la imagen del Cristo a sus pies. Había sido su nieto Antonio Javier que, en silencio, como un homenaje de ternura y cariño en su dolor hizo lo que sabía querría su abuelo: estar hasta el último momento acompañado por su Cristo de la Sangre. Fue un momento muy emotivo.



Al hacerse mayor tuve el privilegio -al igual que con mi madre- de tenerlo a mi lado de forma permanente; darle ternura, cariño y cuidarlo a diario: fue muy feliz, entonces. Lo evoco en la mesa camilla, leyendo o descifrando

crucigramas. Siempre escribiendo, anotando..., con el diccionario en la mano. Era lo que más le distraía, junto a tener sus papeles en orden. Creo que en esa época -con la sabiduría y comprensión de que nos viste la vida...- llegué a intuir, mucho mejor, las tejidas emociones reposadas en su alma.

Su muerte repentina, a los ochenta y siete años, seccionó mis sentimientos durante mucho tiempo. Aún hoy, su recuerdo -como el de mi madre- es una proyección benéfica que me envuelve; una armonía de amor y entendimiento aposentados en mi ánimo.

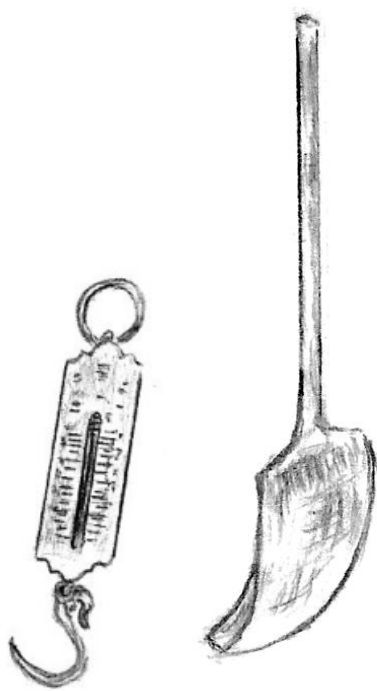
(Cuando, un año después, falleció mi madre incineramos la imagen del crucificado -de considerable tamaño- junto a ella, porque ese fue su deseo. Al igual que mi padre, sentía veneración por esa bella talla que la había acompañado en casa desde niña).

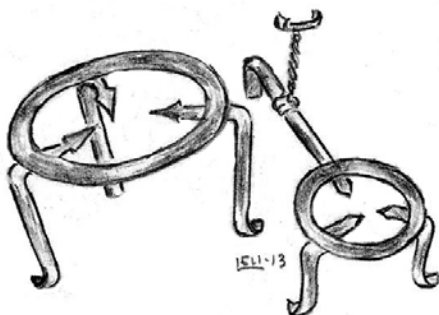
Bastantes de estas facetas de mi padre las supe por mi abuela. Ella lo quería mucho, y cuando había ocasión me hablaba de su historia y de cómo quiso y respetó a sus padres; del proceder que mostró con ellos antes y después de la guerra. Su honradez y tenacidad en el trabajo para sacar el negocio familiar adelante. Él no solía hablar mucho de aquella etapa, dolorosa en pérdidas y renunciaciones.

Con mi abuela se portó como un buen hijo. Esto explica que en su lecho de muerte levantara las manos extendiéndolas hacia los presentes -que éramos bastantes-, como queriéndose despedir de alguien de una manera especial. Por la dirección de su mirada supimos que requería a mi padre. Creo que con aquel frágil abrazo quiso agradecerle todo el cariño y consideración con que la trató siempre.



Esto fue unos minutos antes de que yo la besara y tejiera entre sus dedos el pequeño crucifijo, de ébano y metal, que ahora tengo entre mis manos.





Crónica de un pavo anunciado

Quedaban quince días para la Nochebuena, cuando mi padre una tarde -todo eufórico – nos comenta:

-Hoy ha estado en la tienda (teníamos comercio de comestibles y expenduría de tabacos) Ramona, la recupera, y me ha dicho:

-“Antonio, tengo un pavo ideal para vosotros. Está criado en corral y ya pesa casi seis kilos; sólo le falta el último empujoncito”.

-Dice que en unos días estará en sazón para cocinarlo. Mañana lo traerá.

¿iVivo!? –contestó mi madre con un pánico mal disimulado.

-Sí, Conchita, sólo hay que tenerlo dos semanitas en casa, para acabarlo de engordar, y será una estupenda pepitoria en el día de Navidad– dijo muy contento de su buena idea.

Al día siguiente, puntual y con ganas de cobrar, se presentó la recupera. Vicenta, la chica de servicio, abrió la puerta y con un alarido que quería ser una llamada, dijo:

-¡¡Señora, el pavo!!

Al oírla acudimos mi madre y yo a la puerta del zaguán. La señora Ramona era menuda y rolliza, y mantenía una lucha desigual con aquel hermoso animal que lucía un soberbio plumaje negro y brillante, un hermoso moco de un rojo intenso, señal de buena salud (oía decir cuando se hablaba de pavos), y unos ojos

entre retadores y esquivos. Como pudimos -yo ayudé algo- lo llevamos al “galeón”: un recinto considerable, con estructura de galera y contenido abundante y dispar. En él se guardaban, en un ordenado desorden, toda clase de herramientas y utensilios de la chimenea, aperos varios, las tinajas de la cal y la “clarilla”...; también el cisco y el picón.



Como llovía aquel era un gran espacio cubierto donde el animal podía moverse, comer y beber tranquilamente, con autonomía ¡Y cómo se la tomó el muy artero...!

Al poco de dejarlo allí, con agua y desperdicios de comida, oímos un gran estruendo.

Corrimos hacia el “galeón”. Todo estaba por los suelos; un polvo negro -que pobló nuestras pestañas- flotaba en el ambiente. El animal había desaparecido, el cisco y la comida desperdigados, y parte de ella nadando en su bebedero.

Aún estábamos atónitas cuando nos sobrevoló una gran masa negra que, en su desplazamiento, dejó caer unas trébedes que colgaban de un gancho cerca del techo.

El pavo aterrizó sobre la cabeza de Vicenta que, aterrorizada, forcejeaba por quitárselo de encima sin poder evitar algunos rasguños en cara y manos, y una alektorofobia de por vida; como pude comprobar a lo largo de los años.

Después de esta experiencia decidieron que lo mejor era atar a Cirilo (así lo “bautizó” Vicenta) con un cordel largo y suave: con esa táctica no podría volver a volar y tendría libertad de movimientos.

También le amasaron afrecho, visto que la comida anterior no la probó.

-¡Buena nos ha tocado!-comentó mi madre pensando en el engorro que les había caído.

Pasaban los días amasando afrecho, limpiando extraños excrementos (tenían chocantes formas y colores; creo que hasta

cierto brillo plateado), y “llamando” a la puerta antes de entrar si no lo oíamos: emitía un glugluteo insistente, fragoso, que sobresaltaba si estábamos distraídos: nos tenía amedrentados.

El tiempo transcurrió y llegó el momento más trágico y peliagudo: había que matarlo. Era un día lluvioso, y tuvieron que ambientar la situación dentro de casa.

Hicieron falta las tres mujeres para reducirlo: ¡era una fuerza de la naturaleza! Mientras Vicenta sujetaba las alas -era la más forzada-, Mariquilla le unió las patas con parte del cordel (el pobre defecó en las manos de la niñera de puro agobio) y mi madre, cuchillo en mano, pretendía inmovilizar la cabeza; pero no podían dominarlo.

En el lavadero teníamos una silla baja de enea, que pesaba una barbaridad. A alguien se le ocurrió meter a Cirilo debajo de ella, sentarse en el asiento y sacar su cabeza por uno de los travesaños. Costó forcejeo, ímpetu y alguna risa nerviosa; pero se logró.



Del momento de meter el cuchillo no puedo hablar, pues no quise presenciario. Pero les oí comentar que, ya decapitado, cuando levantaron la silla, el animal corrió unos metros sin cabeza, para terror de los presentes.

Pero aún quedaban singulares incidencias antes de que el pavo llegara a la mesa...

Había dejado de llover y decidieron llevar el cuerpo inerte de Cirilo al patio de la leña para desplumarlo. Entonces me llamaron:

-¡Leli, ya puedes bajar! (Me había subido a la azotea y tapado los oídos para no oír la ejecución del pavo, pues eso es lo que a mí me parecía).

Cogieron unas cuantas sillitas bajas y se sentaron en círculo rodeando al pobre animal: ¡no quedaba nada de lo que fue...!

No sabían por dónde comenzar el desplume. Mi madre empezó por extender las exánimes alas. Les sorprendió su envergadura -casi dos metros-, y lo comentaron lacónicamente.

En esos momentos abrigábamos sentimientos contradictorios. Nadie se sentía orgulloso por haber convertido a un hermoso animal en un montón inanimado de plumas.

Necesitaron arrestos para “desnudarlo”. Mi madre, que dirigía la operación, era neófita en ese menester y en el de “matarife”. Extendieron un fardo y sobre él iban cayendo las plumas que extraían con cierta dificultad.

Ya parecía dominado el tema hasta que le llegó el turno a las alas. No había forma de desplumarlas: resistentes al tirón, escurridizas, potentes, rencorosas... Fueron necesarias unas tenazas para, una a una, irlas arrancando. Hubo conatos de palabrotas, que se manifestaban en gotas de sudor y arrebol en las mejillas, y que no se llegaron a emitir por cuidado a mi presencia.

En esta puesta en escena se levantó un animoso viento, que promovió un baile de plumas en todas direcciones. Era nulo el esfuerzo por controlarlas: tenían vida propia. Unas fueron a parar a la leñera; otras a los pelos de nuestras cabezas, y algunas pequeñitas llegaron hasta el paladar. Traspasaron el recinto y se iban posando en arriates, cristales y hasta en la fuente acabaron algunas nadando...

Mi madre guisaba muy bien la pepitoria, pero nunca se la había “jugado” con una carne tan dura. ¡Cinco horas de empeño, combustión y temple necesitó para vencerlo! (¿Sería una venganza...?)

Ella era una persona divertida y animosa. Lo demostraba en sus ocurrencias y reacciones ante cualquier acontecimiento.

Su rostro, enmarcado en un óvalo suave, de nariz pequeña y bien formada daba a su fisonomía un aspecto angelical, que invitaba al optimismo. Pero la peripecia del pavo la tenía mudada, deprimida...

Lo emitía su mirada gris -habitualmente alegre, serena- esos días empañada por un vaho de ansiedad que emanaba de sus ojos grandes, generosos en pestañas que les proporcionaban una sombra peculiar. También en el ceño de los labios, siempre abiertos a la sonrisa y que ahora mostraban un desconcertado mohín. Todo ese “episodio bélico” era nuevo para ella; le estaba afectando.

El día de Navidad cuando (¡por fin!) el pavo llegó a la mesa mi padre comentó al probarlo:

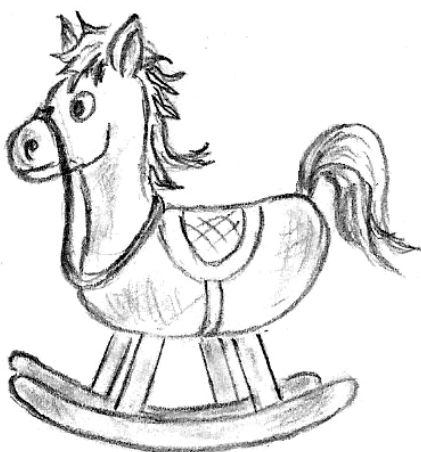
-¡Uf, qué bien huele, y qué rico está...!

-¿Ves, Conchita, como fue una buena idea...?

Vicenta, que retiraba los primeros platos, cruzó con nosotras una elocuente y estoica mirada. Salió rápida hacia la cocina frunciendo los labios y sus cejijuntas y pobladas cejas; no sé si resistiendo una queja de rebeldía o una risa de impotencia.

A través del ventanal del comedor unas plumas indecisas jugueteaban con el viento, antes de posarse en los cristales húmedos.







Ya vienen por las “Fontanillas” ...

Esa noche de Reyes soplaban viento del nordeste. Esto hacía que los trenes que circulaban por la estación del ferrocarril -distante de casa dos kilómetros- hicieran llegar hasta mi cuarto los pitidos arrogantes de las locomotoras. Su insistencia hería las plácidas ilusiones depositadas tras los visillos del balcón, labrado en forja negra y resguardado del exterior por persianas verdes de madera. Hacia el interior unas puertas de cuarterones enmarcaban pequeños cristales. De noche se cerraban todas las maderas, abrazándolas con una gran pletina en diagonal.

A mí me preocupaba cómo los Reyes Magos podrían traspasar tantos obstáculos hasta llegar a mis zapatos -alineados y relucientes- tras las cortinas; siempre ponía los más nuevos. Pero esa noche, además, recordaba una de las historias que me contaba Mariquilla, mi niñera:

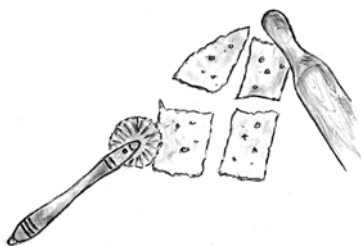
-Cuando de noche se oye pitar mucho rato el tren, es que alguien ha sido arrollado.

Yo no podía quitarme de la cabeza a los Reyes Magos y su comitiva, que llegaban al pueblo por las Fontanillas -camino sembrado de molinos de aceite y riachuelos de alpechín- y tenían que atravesar las vías del tren.

Envolví mis temores de siete años entre el cálido abrigo de la cama. Más tarde, semidormida, percibí excitada cómo la pletina

del balcón se desplazaba con suavidad. Una luz brillante, que a mí me pareció polvo de estrellas, entraba por el balcón. Vagas siluetas se movían en silencio, tamizadas por el encaje de los visillos que ondeaban levemente.

Sobrecogida y emocionada me arrebujé entre las sábanas.



Transcurrido un tiempo (¿o fue un instante?) a través de ellas un suave roce me estremeció.

Había amanecido y, junto a las caricias de mi madre, me despertó el olor familiar de las sopaipas: un dulce de origen mozarabe hecho con harina, agua y levadura que, alisada la masa con el rodillo y hecha rectángulos, se freía en aceite de oliva, tomando la forma de pequeños colchoncitos. Estaban deliciosas con chocolate. Para mí ese aroma siempre está unido a días muy especiales, envueltos en novedades, regalos y descubrimientos.

Cuando mi hermano y yo, entusiasmados y nerviosos, recorrimos las cortinas para ver nuestros regalos, mi madre compartió esos momentos con una tierna sonrisa de complicidad. Mi padre reía satisfecho. Eran instantes mágicos. (A los niños la sonrisa de los padres les da seguridad y confianza).

Mi madre conseguía establecer en su entorno fantasía e ilusión. Potenciaba la magia del día de Reyes con detalles personales; como el de los cestos.

Con cartulina, y papeles de seda de variados colores, nos hacía unos preciosos canastitos –profusos en adornos, de una aparente fragilidad- que llenaba con dulces hechos por ella y algunas golosinas adquiridas.



Con la masa de los roscos de vino, trabajando un largo y fino cordón, fabricaba originales “gafas” (enrollaba la mitad del cordón sobre la mesa de forma plana y concéntrica, por encima de la tira, y la otra mitad hacia abajo); y primorosas “tijeras”, con un sistema parecido.

Modelaba jamoncitos, con una pequeña bola en el centro a modo de hueso; palomas, simulando las plumas con abundantes “picotazos” hechos con las tijeras; corazones, trenzas, estrellas... Luego los encaretaba con almíbar -elaborado con azúcar glass y agua, creo recordar- sobre el poyo fuego en un pequeño perol de cobre.

La operación culminaba cuando, después de sumergirlos en el carete y frotarlos suavemente (solían romperse con facilidad) los ponía a secar hasta que se tornaban blancos. Hacía la misma operación con los roscos: estos los ensartaba en un largo palo, apoyado entre dos sillas, para que se orearan.

Además de los dulces mencionados solía meter en los canastos figuritas de azúcar comprados en la confitería: zapatitos de colores; pequeños muñecos; gallinas y pollos minúsculos; jamones y salchichones de caramelo... Sombrillas y botellas de chocolate; cajitas de cigarrillos; monedas... Y un pequeño mazapán muy adornado, en forma de serpiente enroscada, dentro de una primorosa caja de cartón. Ese canastito, por el que rebosaba su copioso contenido, era una de las ilusiones más esperadas el día de Reyes.

También yo se los he hecho siempre a mis hijos; y ahora a mi nieta. Aunque han pasado tantos años he podido comprobar que la ilusión por este sencillo, aunque elaborado objeto, sigue surtiendo el mismo efecto en los niños (y menos niños...), tres generaciones después.

Asimismo recuerdo que mi madre nos narraba preciosos cuentos inventados por ella; y cómo nos transmitía la intriga, la emoción de las películas que veía con mi padre y no eran aptas para niños, eliminando -supongo- las escenas escabrosas. (En aquellos años la censura era sumamente estricta. Pienso que rozando la ridiculez y la ñoñería). Sentadas al calor de la mesa estufa conseguía que mi silla fuera una platea, y sus palabras una gran pantalla donde acontecían maravillosas historias.



Yo solía preguntarle por qué, a veces, los regalos no coincidían con lo que habíamos pedido en nuestras cartas; o por qué a unas niñas les traían muñecos con ojos de

crystal, tiernos morritos, pelo de seda y peleles de tela primorosos; y a otras muñecos de cartón piedra, en los que todo era pintado: pelo, ojos, trajecito...; y hasta una mueca por sonrisa, como un atisbo de disculpa.

Tampoco entendía a quienes les echaban los Reyes esos fantásticos juguetes que yo veía en los escaparates de los almacenes, ante los que los niños pasábamos horas soñando tanta maravilla. No sería fácil para mi madre esclarecer las dudas que yo le planteaba; pero ya digo que ella tenía mucha imaginación...

Eran tiempos de posguerra, por lo tanto la austeridad en los hogares (en algunos de ellos estrechez, rozando la miseria) determinaba el estilo de vida.

En aquella época el color de muchas familias me parecía pardo: pardas sus miradas, sus ropas, sus movimientos, sus casas, su olor...; hasta el pan era pardo. Quizá, todo ello, reflejo de pérdidas, miedos, silencios.... Algunos niños iban rapados, como sus vidas; rasuradas de ilusiones y consideración. A mí estas diferencias me lastimaban.



No alcanzaba a comprender por qué había niños grises y niños de colores.

Pasada la fiesta de Reyes llegaba el momento de quitar el Nacimiento. ¡Atrás dormían tantos instantes acariciados alrededor de su montaje!

Revivo aquellas excursiones -costal al hombro- por las vías del tren y los vallados.

-Esta tarde iremos a la estación del ferrocarril a buscar “mocos de herrero” para el Belén-, anunció mi madre con una ilusión contagiosa, mientras nos daba la merienda.

No recuerdo por qué encontrábamos allí esa escoria de carbón, que nos servía para las montañas y para ponerla al borde del Belén, como barrera ante posibles “derrumbamientos”. Además, a los pies de los almendros grises y desnudos en esa estación del año, cogíamos verdín: trozos de musgo para esparcir por los senderos que transitarían ovejas, pollinos, pastores,... Buscábamos palitos con los que fabricar puentes, empalizadas, aspas de molino, norias...; y pequeños arbustos para poblar el paisaje sobre el suelo de serrín.

Por las tarde nos sentábamos todos alrededor de la mesa del comedor para trabajar con los materiales. Entre risas e ilusión modelábamos fantasía.

Evoco aquel día en que ella entró blandiendo unas viejas cajas de zapatos:

-¡Vamos a construir casitas, que pintaremos con cal y anilina! –dijo gozando, al tiempo que a mi hermano y a mí nos colocaba ostentosos delantales:

-Estos para preservar; la podemos liar buena...,- comentaba riendo. Lo decía mientras llenaba la mesa de artilugios varios: tijeras, pinceles, pegamento, cartulinas...

Les daba forma a las construcciones y dibujaba en ellas puertas y ventanas; las recortaba con una cuchilla –dos cortes horizontales y uno vertical- para que se pudieran abrir. Nosotros encalábamos y uníamos paredes y tejados. Éstos se solucionaban con el envés de las envolturas de las bombillas, que eran acanalados y hacían de tejas.

Mi padre cada año añadía población a nuestro Belén. Aparecía, sin avisar, con envoltorios llenos de sueños; le encantaban las sorpresas. En Navidad se transformaba y tenía una ilusión especial.

Recuerdo algunas figuras con ternura: lavanderas (con su río incluido...), imágenes de aldeanas extrayendo agua de un ingenuo pozo; un panadero sacando pan del horno; una mini matanza del cerdo... Además del Misterio abrigado en el Portal, el ángel anunciador y los Reyes Magos. Todos tenían bonitos y brillantes colores que nos encandilaban.

Como el Nacimiento ocupaba un gran espacio, hacía falta inventiva y -muchas horas- para habitarlo; por eso aumentábamos la “demografía” diseñándola con nuestras propias manos y mucha imaginación.

Mis padres eran muy distintos entre sí; también en sus manifestaciones afectivas. Ella extrovertida, ingeniosa, creativa... Cualidades que ejercía en su vida cotidiana: novelando tradiciones y leyendas del pueblo, improvisando excursiones insólitas, contagiándonos el gusto por la naturaleza, la lectura... Él, más predecible, introvertido, recto, legal... Prefería el orden, el hábito, la estructura... Nos lo inculcaba con su ejemplo y con unas normas que teníamos que cumplir rigurosamente.

Una era vital para él: ¡no mentir! Otra, innegociable, llegar a casa a la hora indicada. También sacar buenas calificaciones en los estudios y ser honrados en cualquier circunstancia. Él vivía con ese talante. Recuerdo como en el pueblo yo podía ir a cualquier sitio - fuera comercio, entidades públicas, casas particulares- con decir que era hija de mi padre tenía las puertas y las voluntades abiertas; cualquier necesidad era satisfecha. Siempre me he sentido muy orgullosa de ello.

Mi madre compartía estos criterios, pero lo hacía desde una postura menos estricta. Ambos desde unos valores éticos y morales asumidos.

Los dos nos demostraban el cariño desde su idiosincrasia. Por eso mi padre, en algunos eventos, ayudaba en silencio

colaborando a las fantasías de mi madre -como él llamaba a algunas de sus iniciativas-. A veces con mutismo de opinión. Nos quería mucho y lo traducí en esos gestos de apoyo y refuerzo.

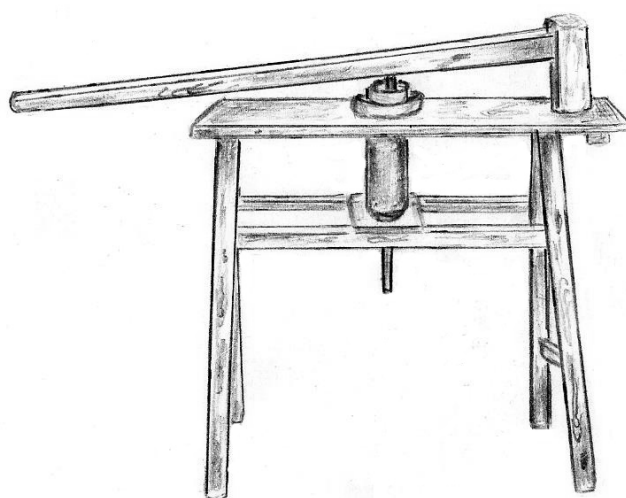
Cuando rodeábamos el Belén para cantar villancicos, él sólo sonreía, no lo recuerdo entonando. Cánticos que acompañábamos con instrumentos caseros: el almirez, la zambomba -hecha con la vejiga de los animales que perecían en casa-; la pandereta, el sonajero artesanal... Mi madre, en ocasiones, escenificaba algunos villancicos antiguos, y nos seducía tanto oírlos que íbamos dejando de tocar los instrumentos poco a poco, -sin advertirlo-, escuchándola con embeleso.

¡Eran momentos mágicos, fantásticos!

Por desgracia Romana, la gata, no sintió ese hechizo el día que, en un descuido, dejamos la puerta abierta y entró furtivamente -quizá al olor del serrín- en la sala donde habíamos armado el Belén...

Después del episodio de la gata tuvimos que rehacer el Nacimiento ese mismo día. Al siguiente teníamos la matanza del cerdo. Y ya sólo habría dedicación para ese menester.







Sentimientos de ida y vuelta

El sacrificio del cerdo era un acontecimiento festivo sangriento que solía acontecer en nuestra familia entre diciembre y enero. Producía en mí emociones contradictorias: novedad bulliciosa y divertida por todas las situaciones extraordinarias que se vivían en esos días, y congoja y pena por los pobres animales y su forma de morir.

Ese día comenzaba cuando, ya sentenciados, los traían a casa. Su resistencia a entrar en ella y sus estremecedores aullidos me afectaban de manera impactante. Entre varios hombres (los cochinos solían pesar alrededor de ciento cincuenta kilos cada uno) les obligaban venciendo su resistencia. Era una escena dramática y cruel.

Al igual que hice con el pavo, me desplazaba lejos cuando los oía llegar; en estos casos a buena distancia del evento. No regresaba hasta estar segura de que habían muerto.

Dos manzanas más arriba de nuestra vivienda había varios establecimientos con los que yo tenía una relación especial. En mi huida transitoria de la masacre animal hacía escala en aquellos cuya atmósfera tenía la virtud de aligerar mi lastre cuando algún forcejeo de agitación residía en mi interior.

El taller de Manuel el picapedrero era uno de ellos. Yo lo quería mucho, me sentía a gusto con él. Persona jovial, buen dibujante,

fumador -creo recordar que de forma permanente llevaba el pitillo columpiado en sus labios-, fuerte y amigable. Inseparable de su lápiz que, en descansos de inspiración, vivía acoplado en su oreja. Me contaban que de pequeña me salvó la vida:

Una tarde de verano, siendo yo bebé, unos caballos encabritados que tiraban de un carruaje se lanzaron sobre mi cochecito parado en la acera. Él se metió debajo, sujetándolos a pulso -con riesgo de su vida-, hasta que varios hombres me pudieron sacar. La gratitud y el afecto de mis padres permanecieron hasta su muerte. Era una excelente persona; muy querida en casa. Siempre estaba atento a cualquier demanda vecinal; la sonrisa y la actitud de servicio eran su atuendo.

Yo, abstraída, me paraba a contemplar en su obrador las piedras de granito o mármol con vocación de cruces, lápidas, panteones... cuando él las hería, cincelándolas, con la audacia sudorosa del martillo. Era peligrosa esa contemplación, porque pequeñas esquirlas -como lágrimas de mármol- salpicaban el rostro ocioso de quien, con actitud frívola, leía sus epitafios.

Otro ambiente benéfico para mí era el portal de Macario, el zapatero: un hombre menudo, pegado a su boina, a su mandil de cuero. Su taller tenía aroma de acogida.

Su figura, algo torcida, dificultaba un encuentro visual frontal, dando la impresión de que su mirada fuese oblicua.

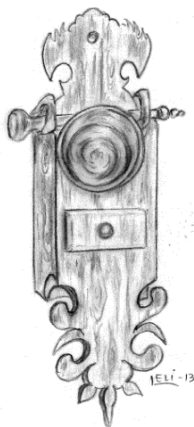
Montaba sobre un alza para equilibrar su cojera. Un alza lustrosa, tersa, brillante...; como un reclamo involuntario de su oficio.

Buen artesano, remendaba las andaduras precarias de muchos convecinos. Me gustaba observarlo cuando, con lezna y cordel muy fino, pasado por pez, convertía las abiertas heridas del calzado en herméticas y planchadas cicatrices. Lo hacía con mimo, cariño. Persona de pocas palabras, aunque tenía mucho que decir, sabía escuchar: era un entrañable sabio.

En esos momentos, mientras lo contemplaba, también era bálsamo para mis lesiones actuales; fisuras del pensamiento por la imagen brutal que en esos momentos habitaba mi hogar.

Cuando transcurría un tiempo calculado desandaba el camino fundiéndome en el apacible palpitar de la calle, envuelta en el vaho hogareño de las chimeneas.

Al llegar a casa solía estar todavía Isidro, el matarife: hombre corpulento, abundante pelo oscuro, fuertes brazos y piernas velludos... Siempre sonriente y de buen humor. Calzaba botas altas de goma sobre un mugriento y rígido pantalón de color incierto; camisa abierta arremangada, y un gran cuchillo y chaira como prolongación de sus manos. Me intimidaba su presencia con efluvios de muerte cotidiana.



La elaboración de la matanza duraba casi tres días. Ya, sin fantasmas de agonía ni espectros de sangre, todo era lúdico y divertido.

Había que tener preparados la víspera los utensilios: instrumentos de cortar, máquinas de picar y de rellenar chorizos y morcillas, almireces... Todo lo que tenía cuchillas lo llevábamos unos días antes, Mariquilla y yo, al afilador para ponerlos a punto. También se disponían orzas y calderas, junto con abundante leña y retamas para chamuscar. Yo hacía incursiones a la leñera, y con los brazos extendidos demandaba la atención de algún mayor diciéndole:

-Ponme un rimero de troncos para apilarlos cerca de la chimenea-, verás cómo puedo. Me sentía fuerte y necesaria; me sentía mayor.

Para la elaboración del chorizo y la morcilla se necesitaban - además de la sangre y las tripas- ajos y cebollas pelados, aliños y cuerdas para atar. Todo esto quedaba el día anterior preparado en la artesa; recipiente grande de madera que luego serviría -junto con los lebrillos- para depositar las carnes, picadas y aliñadas, listas para su embutido. Esta operación se hacía previo análisis del albéitar quien, tras cortar un trozo de cada animal, se lo llevaba a casa para examinarlo. Yo pensaba, a pesar de mi corta edad, que

en su familia el alimento básico les salía gratis; y así se lo comentaba a mi madre:

-Mamá, en casa del veterinario no tienen que gastar en comida, ¿verdad? Son muchos los cerdos que analiza a diario, y entre carne y vísceras pueden hacer hasta conserva, pienso... ¿Por qué se lleva trozos tan grandes? ¿No bastaría con una porción más pequeña? Ella -supongo- era de la misma opinión, pero me atajaba incómoda con un elocuente ademán de silencio:

-¡Calla, criatura, que te va a oír don Eleuterio -me reconvenía. Será necesario cuando él lo hace-, refutaba con poca convicción. Yo sabía que ella razonaba de la misma manera...

Recuerdo mis viajes a la tienda de Paco, para comprar bramante y tripas saladas. Mi madre me advertía:

-Dile al que te atienda que se fije bien en que no estén rotas, como ocurrió aquella vez-; siempre hacía hincapié en lo mismo desde entonces.

Yo así se lo pedía al tendero, entre tímida y azorada, en tanto que él -con sonrisa condescendiente- iba metiendo en cartuchos de papel de estraza los entumecidos intestinos, que después eran lavados cuidadosamente (creo recordar que con agua muy caliente, sal gorda y vinagre) para su posterior embuchado.

Yo participaba en esa operación -venciendo el asco, a cambio de la aprobación materna- y también en pelar y trocear las cebollas para la elaboración de la morcilla.

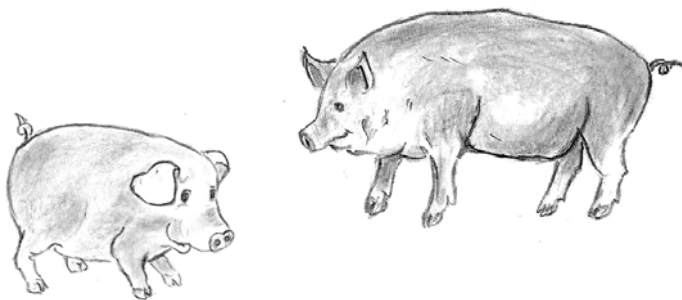
Al tiempo que las manejábamos nos poníamos un trozo de bulbo en la cabeza, para impedir el llanto involuntario que produce esa hortaliza.

Nos reíamos contemplándonos de esa guisa, entre lágrimas rebeldes que el casco de cebolla no conseguía controlar. Luego seguía la llorera, ataviada de risas y ocurrencias ingeniosas, mientras triturábamos la cebolla en la máquina de picar. Posteriormente se freía en la caldera -cobriza y receptiva- sobre las trébedes, en la calidez cenicienta del poyo fuego.

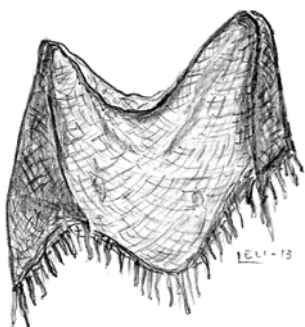
Yo tenía un trípode de estos, minúsculo, y una calderita en consonancia. Con pequeños palitos y ascuas hacía mi particular versión junto al fuego mayor.

Cuando los embutidos estaban hechos mi madre preparaba “presentes” (grandes fuentes con surtido variado de productos de la matanza) para los jornaleros y personas que estaban a nuestro servicio. Los llevábamos, tapados primorosamente, Mariquilla y yo a sus casas. Creo que por eso se mataban dos cerdos; para poder compartir. Mi madre siempre pensaba en los que menos tenían. Su ejemplo solidario marcó mi educación.

Ahora pienso en la ambivalencia de aquellos sentimientos de dolor y regocijo que me producía la ceremonia de la matanza. Vivía lo festivo y lo lúgubre adaptándome a la situación, asumiéndola... Quizás con el pequeño perol, sobre el tenue fuego, quería minimizar la fuerte realidad que percibía; como un aprendizaje instintivo de defensa ante la vida que comenzaba a entrever.







La toquilla parda

Aquel día de enero, bajo un cielo panza de burra y un frío mojado que agredía a los huesos, me dirigía al colegio acompañada de mi abuelo. Se respiraba una atmósfera especial. A mitad del trayecto él comentó:

-No me gusta nada el color que tiene hoy el cielo, ni tampoco este silencio de los pájaros y la cargazón del ambiente- murmuró casi en un susurro.

Pero yo advertí en el tono de sus palabras un matiz de preocupación, y pensé que a mi abuelo le recorría alguna sombra por la cabeza y estaba inquieto por algo. Empezó a caer un cernidillo que empañaba la visión. Entonces, bruscamente, giró y me dijo apresurando el paso:

-¡Regresamos a casa! Hoy no vas al colegio.

Había arreciado la lluvia cuando, con mi extrañeza y su mutismo, entramos en casa. Ya en la sala de estar él le explicó a mi madre el porqué de su decisión. Creo que ella pensó que había exagerado, pero no lo comentó.

En pocas horas la lluvia se volvió violenta, impetuosa. Cerramos las ventanas y las puertas de los patios para evitar que el aguacero penetrara en casa.

Desde los cristales del recibidor, saturados de goterones de agua, como lágrimas premonitoras, yo observaba el aguacero.

En aquel instante entró mi padre gritando:

-¡La fuerza del temporal ha desbordado el puente de San Juan y ha roto la contención! ¡Esto puede ser una tragedia! -dijo con el semblante quebrantado.

En esto un ruido inédito, como bramido de la tierra, nos sobresaltó. ¡Cada vez se oía más cerca, más potente! Todos estábamos aterrados, reflejando el pánico en nuestras miradas interrogantes. Mi padre corrió hacia la puerta de la calle. Volvió rápido, con el semblante demudado:

-¡Subid a la segunda planta! ¡¡Ya!!

¡El espectáculo era devastador! Una avalancha de agua turbia se precipitaba calle abajo. Su violencia substruía cuanto encontraba a su paso. En su desplazamiento arrastraba árboles, enseres y animales; unos hinchados por el ahogo y otros bregando entre la riada.

Sobrecogidos e impotentes, contemplábamos la devastación desde la cancela del dormitorio. Mi padre, angustiado, se dirigió a mi madre con el miedo en los ojos:

-¿¡La abuela, el niño y las chicas...! Por suerte todos nos hallábamos en casa. Pero pensábamos con espanto en las personas sorprendidas en la calle, y en las que residían en viviendas precarias edificadas usurpando el curso natural del río por donde el agua desbordaría reivindicando su cauce.

La inundación no respetó bienes materiales ni vidas humanas. Hubo muertos y desaparecidos. (Algunos tuvieron suerte; como un niño que bajaba entre las aguas y fue rescatado -al paso- por un muchacho que se arrojó a por él, arrebatándoselo al mar de muerte que asolaba la ciudad. Pero el pequeño Marcelino, de dos años, hijo de Rosa y José, se dio por desaparecido. El estar siempre en la calle fue su desgracia).

De pronto mi madre exclamó:

-¡Dios mío! Encarnación...



Encarnación era una mendiga a quien gente del pueblo había bautizado como “La tonta Encarnación” por su peculiar personalidad: estrafalaria por su figura, vestimenta y forma de vivir; solitaria, poco comunicativa con los que no la acogían, se prestaba a las insidias de las voluntades frívolas. Esa mañana había desayunado en nuestra casa antes de dirigirse a su choza situada en el cañaveral, cerca de las Fontanillas.

Allí tenía su refugio. Un cañaveral verde, alto y acogedor, como brazos de esperanza extendidos hacia el cielo. En un claro, alejado del río, se encontraba el chamizo.

La precaria vivienda estaba distanciada del arroyo por unas piedras de gran tamaño, que le servían de contención en tiempo de lluvias. La había construido con ramas del lugar, cartones y latas, ayudada por gente compasiva que la apreciaba. Su disminuida figura no requería gran espacio físico. Sí de un entorno acorde con su sensibilidad. Ella no podía vivir sin algunos objetos; presencias materiales ricas en cercanía y afectos... Una caja de hojalata conteniendo ajados recuerdos sepia, un pequeño relicario con cadena rota y un pañuelo con la inicial “E”: uno de los más entrañables.

La casucha distaba del pueblo poco menos de un kilómetro. Lo recorría cada día después de asearse, vestirse el pañuelo a la cabeza y su amplia toquilla parda de los que nunca se separaba y cargados ambos con mil historias; y como éstas, rotos y remendados una y otra vez.

Su apoyo era una rama de olivo, escasa en esbeltez, curtida por la fuerza que da la connivencia.

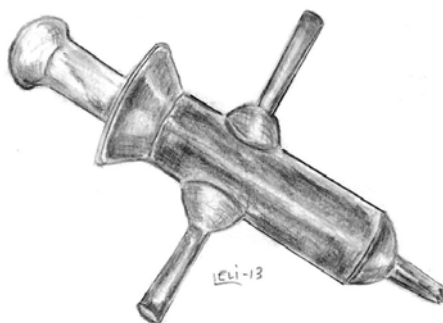
Colgaba del brazo un raído y liviano canasto, que perdía su ligereza al regresar por la tarde si había habido compasión en su peregrinar.

Cuando por la mañana aparecía por la entrada del pueblo su figura oscura, encorvada, se desplazaba con dificultad entre sombras de árboles indiferentes. Tan rutinaria y puntual que para ciertos vecinos era su referencia horaria.

La anciana formaba parte de la cotidianidad del barrio, que soportaba su presencia inevitable, como si fuera algo, más que alguien. Incluso algunos niños se mofaban de ella si se cruzaba en su camino.

Solía desayunar en algunas casas, como la nuestra, que la acogían con cariño. El mejor día de la semana era el domingo: churros calentitos, recién hechos por mi madre, y café con leche.

En aquellas ocasiones disfrutaba de un menaje especial de loza y cristal, que la familia le teníamos reservada para destacar el Día del Señor. Y ella se dejaba convencer para no usar su “vajilla”, que se componía de botes de hojalata adaptados; unos hacían de cuencos y otros, al ponerle el latero un asa, se convertían en jarros. Siempre los tenía limpiísimos.



Evoco un gesto recurrente que usaba con el pañuelo de la cabeza: solía recolocárselo hacia delante de forma obstinada; como si la pañoleta rebelde tuviera empeño en dejarnos ver su abundante y encrespado pelo -envuelto en una noble aura senil- y ella se lo impidiera.

Mientras tomaba el desayuno su expresión, nublada y frágil, se fortalecía. Tanto los aislados inquilinos de su boca, como los hirsutos pelos plateados de la barba, adquirirían dignidad. Allí se sentía segura y protegida. “Lo que de verdad me alimenta -debía pensar- es el cariño y el calor que percibo. El sentirme parte de alguien; ser respetada como persona”.

La mañana de la tragedia Encarnación había acudido puntual a nuestra casa. Mi madre comentó que la había encontrado algo extraña; como ausente.

Sabía que la anciana era muy intuitiva y sensible y más de una vez había anunciado, con antelación, algún suceso. Al preguntarle, ella le quitó importancia con una flaca sonrisa:

-¡Cosas de viejas, señora! –contestó.

Pero al despedirse lo hizo de forma distinta a lo habitual: nos miró abstraída y con un leve temblor en su mirada húmeda.

La lluvia torrencial duró dos días, en los cuales todo fue dolor y desolación. Poco a poco las calles fueron adquiriendo su aspecto habitual y la normalidad se iba recuperando en cuanto a lo material se refería. Para Rosa y José, que lloraban constantemente la desaparición del pequeño Marcelino, ya nunca sería igual.

Encarnación no había vuelto desde la riada, y no se podía ir a su choza a causa de la crecida y el fango. Tenía comida para un tiempo (la cesta se la pusimos repleta aquel día) y mantas que, aunque raídas, la protegerían del frío y la humedad; también su entrañable toquilla. Pero mi madre estaba preocupada y quería cerciorarse.

En cuanto se retiró la riada, aunque había mucho lodo, preparó algo de comida y ropa. Junto con Mariquilla nos encaminamos hacia el cañaveral, provistas de botas katiuska: era dificultoso andar y nos hundíamos en el barro.

El panorama que contemplamos al llegar era demoledor: montañas de enseres deshechos, árboles abatidos, animales ahogados... Pero la choza parecía haber sido respetada por la inundación y seguía aislada unos metros del caudaloso río protegida por los grandes peñascos. Sólo se percibían huellas en el fango -ida y vuelta- de unas pisadas de la choza a las piedras de contención, que habían retenido toda clase de residuos.

Con el corazón acelerado empujamos la puerta del chamizo. Las precarias ventanas, empañadas, no dejaban pasar la luz. Casi a tientas, tropezando no sabíamos con qué, nos adentramos en la cabaña:

-¡No se ve nada...!- comenté asida a Mariquilla, intentando dominar mi miedo.

Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad percibimos un bulto impreciso en un rincón. Mi madre se adelantó

acercándose hasta él. La niñera y yo, enlazadas, aguardábamos expectantes. Un grito de mi madre nos paralizó:

-¡Dios mío ¡¡Es Encarnación! –dijo-. ¡¡Y está muerta!! Quizá de frío y agotamiento...: comentó entre lágrimas.

Su bastón, compañero y aliado -testigo mudo de una vida ya vencida- yacía a su lado, como amigo fiel.

La aflicción nos embargó unos segundos: nos sentíamos desconcertadas, impotentes ante la realidad que nos agredía.

En medio del sobresalto advertimos que la anciana no tenía puesta su toquilla, que era parte de ella misma: todo su calor, su vida. Encarnación se hallaba acurrucada sobre sí misma, intentado -supusimos- abastecerse de su propio y precario calor.

Mi madre reaccionó analizando el escenario. Mirando en derredor observó que la toquilla se encontraba unos pasos más allá, encima de cartones y frágiles mantas tapando algo, junto a un montón de latas vacías. Unas huellas vacilantes de barro -aún húmedas- recorrían la casilla hacia el exterior.

Levantó la toquilla con el corazón alterado, temblando aún por las circunstancias que estábamos viviendo.

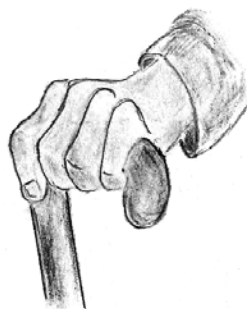
-¡¡Alabado sea Dios!! ¿Qué es esto? - exclamó con un vigor estrenado.

-¡Acercaos sin miedo...! –nos dijo entre lágrimas.

Sobrecogidas la obedecimos. Debajo de los harapos el pequeño Marcelino, al que daban por desaparecido en la riada, dormía con placidez arropado con jirones de vida.

La situación era insólita, y nos mantenía conmovionadas. Enseguida entendimos el drama: ¡la anciana se había inmolado!

Cuando mi madre se serenó asumió la evidencia de lo sucedido. Envolvió al pequeño en una de las mantas, y lo puso en los brazos de la niñera:



-¡Idos, y transmitid la noticia al párroco y al Ayuntamiento: esos padres deben saber, cuanto antes, que su hijo está vivo! Y Encarnación se merece una despedida cristiana y digna:

-¡Ha dado su vida por él...! -nos decía con una emoción no contenida.

Mientras nosotras nos dirigíamos al pueblo, mi madre envolvió a Encarnación con las ropas que le habíamos llevado para abrigarse. (No sabíamos entonces, cuando las cogimos de la cómoda, que estábamos eligiendo su mortaja).

En cuanto se supo la noticia, las campanas de las iglesias tocaron a rebato con gemidos de muerte.

Cuando llegó el sacerdote con el Viático, precedido por el repique de campanillas del monaguillo y vecinos portando faroles, numerosas personas que se habían acercado por el suceso se arrodillaron respetuosas.

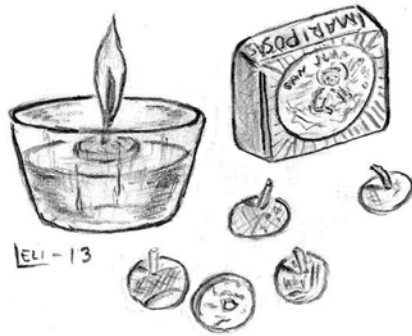
Mi madre, demudada, les recibió junto el cadáver amortajado de la anciana que yacía en su covacha lleno de dignidad y con un halo de paz en el rostro.

Fue un entierro multitudinario, escoltado de devoción, recogimiento y gratitud.

La Tonta Encarnación tuvo el respeto de todos cuando ya no podía disfrutarlo.







Mariposas

Me explicaron que las mariposas de aceite flotando en el pebetero, en la noche de difuntos, es una navegación espiritual en el recuerdo de los que ya partieron. Una llama prendida por cada familiar ausente acunada en el óleo de la nostalgia. Pero aquel día de nada me sirvió esta bella imagen poética cuando tú, niña aterrada ante la muerte, te apoderaste de mí. ¿Por qué te dan tanto miedo esas lamparillas sobre la cómoda cuando, en la oscuridad, su llama temblorosa es un juego de sombras en las paredes, en el techo del dormitorio? ¿Acaso piensas que esas siluetas inquietantes son presencias del “más allá” que regresan en estas fechas? Convéncete: sólo son perfiles oscilantes, temblores de la memoria; pero tú sigues alimentando tu imaginación en un diálogo timorato con la muerte.

Sigues conmovida por el tránsito de la anciana Encarnación; estás obsesionada y crees verla y oírla en el zaguán, por la calle. ¡Vamos a ver si te serenamos de una vez!

Recuerda cuando falleció tío Pedro: ¡la que montaste...! Aquel episodio, a tan corta edad, quizá te marcó.

Era tu primera experiencia tan cercana y querías saber cómo era un cadáver. Intentando dominar el pánico subiste la escalera que conducía a la habitación donde se hallaba el ataúd; muy despacio, con el corazón acelerado. El féretro estaba descubierto;

la tapa, de pie, reposada en la pared. Cuatro enormes cirios, parpadeantes, lo custodiaban.

Te fuiste acercando poco a poco, sin apenas pisar el suelo, como si temieras despertarlo. Lo habían amortajado con su ropa de los domingos: traje negro, camisa blanca y zapatos de charol. Un crucifijo de ébano encajado entre sus dedos rígidos. El escapulario de la Orden Tercera cruzaba su pecho con languidez.

Observaste que le habían ligado los pies con una de sus corbatas; no entendiste por qué. Su cara tenía color de cera -como el Cristo del Santo Entierro que procesiona el Viernes Santo-, acentuado por las llamas titubeantes de las velas; y los ojos te parecieron mal cerrados... El crepitar de las llamas colaboraba a crear una atmósfera terrorífica. Estabas nerviosa y alterada, cuando -¡de pronto!- los pies del muerto se desplazaron con ímpetu hacia los lados, golpeando con furia los laterales del féretro.

Corriste tanto bajando las escaleras, atravesando el portal y el zaguán, y a tal velocidad, que los familiares que hacían el velatorio en la sala de abajo, sólo vieron una sombra veloz en dirección a la calle, y a la que no pudieron seguir cuando lo intentaron.

Luego supiste que al difunto le habían inmovilizado los pies porque era la única manera de mantenérselos unidos. Pero el nudo de la corbata, al ser ésta de seda, se aflojó hasta deshacerse...





La muerte sequilla

Por aquellos días tuve una dramática experiencia, preñada de culpabilidad y miedo, también relacionada con la muerte.

En el lavadero de mi casa existía un profundo pozo que sobresalía del suelo más de un metro. Una garrucha de hierro por la que circulaba una gran sogá, atada al balde correspondiente, asistía con su chirrido a cada incursión del cubo en el agua. Yo me asomaba al brocal para ver el impacto, pero era difícil distinguir el fondo a causa de la oscuridad.

Cuando quería verlo bien me valía de un espejo, y capturando un rayo de sol lo dirigía hacia el foso. Con esa luz prisionera, mecida por la movilidad del agua, podía ver, vacilantes, los secretos que escondía en su interior.

A este haz de sol raptado se le llamaba “La muerte sequilla”. Mis padres me lo tenían prohibido; quizá por miedo a un accidente -que podía ser mortal- ya que tenía que auparme a un escabel para tener buena visión de la sima.

Afirmaban que cuando usaba así el espejo atraía la muerte de alguna persona cercana. Lo harían para disuadirme pero en aquella ocasión, en la que enfermó mi vecino Pablo, el terror y el pánico se apoderaron de mí. Un día antes yo había desobedecido, al jugar con “la sequilla”.

Supe que el hombre estaba muy grave. Que los médicos, extrañados, ignoraban el origen de su mal repentino. Yo no osaba preguntar, comentar nada; ni siquiera levantaba los ojos, para no encontrarme con miradas que pudieran leer mi culpa. Tenía un terrible secreto que no podía compartir con nadie; un secreto que me consumía y torturaba:

“El demonio habita en mí -pensaba. ¿Cómo puedo arreglarlo? ¿Cómo puedo ayudar...?”

Las noches, en vigilia, eran una pesadilla asumiendo mi realidad:

-“¡Soy una homicida! ¡Una mala persona! Por no obedecer he traído la ruina a dos familias- me repetía angustiada. Señalarán a la mía, diciendo:

-¡Ahí van los padres de la niña asesina! Una delincuente sin escrúpulos.

Sólo le importaba su juego con la muerte sequilla...” -comentarán en el velatorio de Pablo, en las calles, en el colegio...

-“¡Dios mío; ¿Qué voy a hacer? Quisiera morir!”

Una mañana, después de pasar la noche en angustioso insomnio, cuando bajaba a desayunar oí decir a mis padres:

-¡Qué buena noticia lo de Pablo, ¿verdad?; ya ha salido de peligro! Por lo visto ha sido una infección desconocida que contrajo en su viaje a África. Debíó vacunarse, y llevar la medicación adecuada -comentaban ya relajados-.

En aquellos momentos una turbulencia de pensamientos invadió mi ánimo. Me sentí flotando en otra realidad. Rompí en un llanto convulsivo, paradójico en el contexto que todos celebraban. Un sudor repentino, como agua bautismal, iba empapando mi cuerpo redimiéndolo.

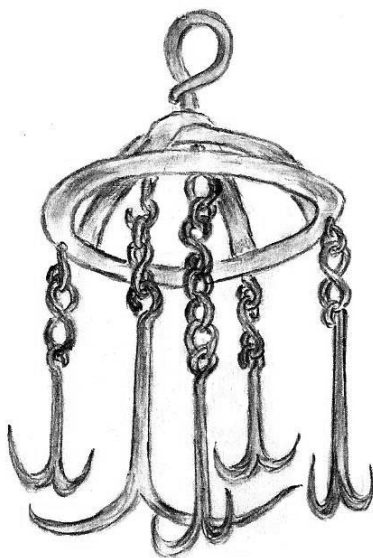
-“¡No es culpa mía...! ¡No es culpa



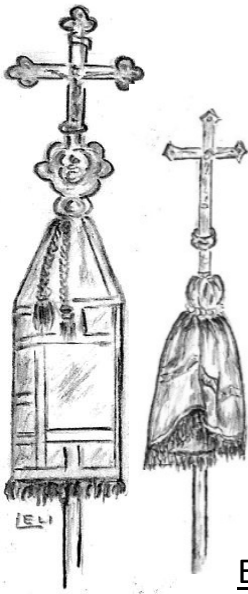
mía...!” -me repetía interiormente con una emoción agitada que nublaba mi semblante.

Mi madre me observó, murmurando:

-¡Esta niña lleva unos días muy rara...!







(...)“Hoy la muerte es asidua presencia en mis trigales.
Su guadaña va segando las espigas de afectos
más cercanos; silenciosa, furtiva, de madrugada...
Ahora la miro de frente, serena, sin miedo:
conozco casi todos sus versos”. Leli

Entierros de cuatro capas

Creo que aunque la muerte me impresiona mucho, por todo lo que encarna de dolor, ausencia definitiva..., siempre la he “tuteado”; aún hoy, a mis setenta y un años, que la supongo más cercana, pienso en ella con serenidad.

Quizá tengan algo que ver aquellos juegos -que teníamos prohibidos...- en la casa de mis amigos Chari y Juanito, cuando tenía seis o siete años. Vivían junto al zapatero Macario (“...aquel buen artesano, y mejor persona, que remendaba las andaduras precarias de muchos convecinos...”) en un edificio de tres pisos. Su familia construía ataúdes y en todas las plantas había presencias de ellos; olores a madera, barniz, pegamento, telas... La última planta sólo era exposición de los féretros ya contruidos. Casi todos permanecían abiertos con la tapa al lado y colocados en anaqueles, por lo que eran unos cobijos estupendos para jugar al escondite. Además eran tan blanditos y suaves... Recuerdo el brillo de las telas, haciendo bonitos drapeados, en colores pálidos, con lazos y aderezos dorados...

En ocasiones cuando contemplaba un entierro y reconocía alguno de esos escondrijos decía para mis adentros:

-“Ahí he me he tumbado antes que tú, muertecito...”.

Aquello nos duró hasta que un día Juanito no aparecía después de escondernos. Lo buscamos primero con bromas y diversión,

pero al pasar el rato y no contestar a nuestras llamadas, nos asustamos un poco y se lo advertimos a su madre.

Costó encontrarlo: tuvo la mala ocurrencia de, una vez tendido en el ataúd, poner la tapa; esta se encajó y no pudo salir. Cuando logramos encontrarlo tenía un poco de asfixia que, de haber tardado más tiempo, hubiera sido letal. Con aquel episodio -y la correspondiente regañina- se acabaron nuestras incursiones en los ataúdes. Pero no la relación natural con ellos y la muerte.

Recuerdo, con pocos más años entonces, haberme turnado con adultos para velar el cuerpo de una anciana, abuela de unas íntimas amigas; a ellas les daba reparo quedarse a solas con la difunta.

(Aunque por momentos me venía la escena del familiar muerto al que le ataron los pies con una corbata de seda, y que al aflojarse esta salieron dispararos en mi presencia -como ya comenté en otro capítulo-, me sobrepuse a aquella imagen, grabada en la memoria, pasándola al registro de lo anecdótico).

Afronto mejor la muerte cuando aún estoy junto al cadáver: pienso que todavía hay un tenue hilo de comunicación. Los entierros, en cambio, me estremecen porque percibo que esa débil secuencia del espíritu me es arrebatada de forma definitiva. Cuando, como en muchos casos, no soy yo la doliente pienso también en los familiares que sí lo son; y tengo los mismos sentimientos.

Durante mi niñez todos los entierros concluían en las cuatro esquinas de mi calle. El cementerio se encontraba a poco más de un kilómetro de allí, y ese sería el motivo. En una de esas esquinas estaba situada la tienda de mi padre. Al llegar a ese enclave la comitiva se paraba para recitar los responsos, dar el pésame a los deudos y despedir el duelo.

Al presenciarlos con cierta frecuencia aprendí mucho de cómo -socialmente y religiosamente- era tratado un sepelio. Aunque ya empezaban las diferencias mucho antes, en la forma de notificar la defunción. Cuando moría una persona era costumbre comunicarlo

a los más allegados -familiares y amigos- mediante esquelas mortuorias.

Era un folio, rematado por un triángulo, doblado con diseño de sobre y orlado por una franja negra de varios centímetros: si este ribete tenía un diseño en relieve el difunto era pudiente; de lo contrario, ese festón era liso. Asimismo variaba el tipo de papel según la categoría social. Dentro, precediendo al texto habitual, una imagen de Cristo, coronado de espinas (que me gustaba dibujar copiándolo a lápiz) si el difunto era hombre; o una Virgen dolorosa si era mujer; en ocasiones una sola cruz.



Estas notificaciones eran personalizadas y llegaban a los domicilios a través de una persona concreta que se dedicaba a repartirlas. Habitualmente venían cerradas, como un sobre, con la lengüeta en la ranura. Pero si la persona que la recibía estaba invitada a ir en la cabecera de duelo (por ser familiar o amigo distinguido) la lengüeta no se introducía y se doblaba hacia arriba.

Ya antes de recibir el comunicado mortuario se notaba que alguien había muerto por el toque fúnebre de las campanas. Lo evoco en estos versos:

*(...) Campanas con alma hueca,
presentes en mil historias
sugeridas en bronce plañidero;
nostálgica música
abrigada en la memoria.*

*Palomares mensajeros
de la vida cotidiana
llaman cantando o llorando
al corazón de sus gentes
en cuanto despunta el alba.*

*¡Ay campanas de mi infancia!
¡Ay campanas de mi pueblo!*

*Cuánto me duele su ausencia
en el blanco de sus vientos.*

En su rebato se sabía de qué clase social era el difunto: si sólo oíamos tañer a una parroquia o a las cuatro que había en el pueblo.

Cuando la comitiva fúnebre iniciaba su marcha, desde la iglesia al cementerio, la precedía la cruz parroquial. Esta cruz iba abrigada por un armazón de madera cónica revestido de una funda de terciopelo negro bordado en oro, llamada manga. Si el entierro era pobre ese armazón no existía: la cruz llevaba la manga desmayada, como un paraguas plegado, con escaso dorado y de un negro feo e impreciso; en ese caso se decía de “una sola capa”, porque iba un solo cura revestido de ella. A más dinero más capas o lo que es lo mismo, más curas, diáconos y frailes. Teníamos una vecina, frente a casa -Josefa-, buena persona, jovial, corpulenta...; algo estrafalaria en su porte y muy vocinglera. Cuando oía rumores de entierro se asomaba siempre a la calle para ver el espectáculo del cortejo. Si éste era de “una sola capa” comentaba: -“¡Ah, no es nadie...!” Creo que era muy elocuente desde su básica percepción; yo no lo he olvidado.

El más suntuoso sepelio era el de las cuatro parroquias, con sus correspondientes cuatro cruces alzadas y con mangas muy lujosas; como los ropajes de los numerosos sacerdotes, diáconos (con lujosas dalmáticas) y acólitos que, además, vestían albas y roquetes de encajes almidonados. En estos casos, durante los rezos, se mecían muchos incensarios acompañando a los profusos cánticos del sochantre.

Las personas de clase alta iban en estupendos y tallados ataúdes de madera noble. Tras ellos, rodando muy despacio, carrozas funerarias con muchos adornos, coronas de flores y

penachos de plumas seguían al difunto que era -en muchos casos- portado a hombros hasta finalizar la ceremonia; luego, depositado en el coche mortuario, precedía a la comitiva íntima hasta el camposanto.

El no va más era llevar alumbrando, en dos filas paralelas a las aceras, a las “Niñas del Asilo”. Iban con uniforme negro, cuello blanco y lazo rojo. El pelo cortado a lo “Buena Juanita”: todas iguales. Cuantas más niñas más rico el muerto.

Yo no entendía estas diferencias cuando todos eran parroquianos de las mismas iglesias y los sufrimientos de las familias eran iguales. Por eso en una ocasión le pregunté a mi madre:

-Mamá: Sor Severa dice que todos somos iguales a los ojos de Dios; que la Iglesia es nuestra Santa Madre; lo dice el catecismo... La abuela y tú me hacéis comentarios parecidos. Entonces hay cosas que no entiendo...

-Verás, hijita: cómo te lo explico...

Pero no pudo; no me convencieron sus inseguros y frágiles argumentos.

Recuerdo uno de esos entierros humildes. Lo presidía Don Licinio, un cura estupendo como tal y como persona, pero de un triste rayano en lo siniestro; encorvado y de una escualidez casi diáfana, con una capa mustia, y algo corta, sobre sus cansados hombros. La cruz parroquial con la manga plegada en su desnudez y un sacristán de la misma quinta y talante que el sacerdote.

Acompañaban al féretro -de madera de tablas teñidas de negro- un grupo de personas, con las gorras estrujadas entre sus curtidas manos. Todo el ambiente del sepelio tenía una atmósfera nublada de padecimiento, penuria y soledad asumidos hacia dentro.

Pasado un tiempo vi a los dolientes regresar del cementerio; unidos, apretados en su duelo. Uno de ellos traía en sus brazos el crucifijo que llevó el féretro en el recorrido (era costumbre quitarlo de la caja antes de enterrarla; luego, en las casas, solía

presidir las cabeceras de las camas. En mi familia también era así. Algunos de ellos mostraban una fisonomía inquietante).

Sentí una tristeza que no me supe explicar. Sólo superada por aquella escena que presencié años atrás, más cercana la postguerra, en la que un padre portaba bajo su brazo, abrazándolo, un pequeño féretro: precario, rústico...; sin cruz... Su dolor y su dignidad eran la única comitiva. Ante lo que vi -aunque no tenía alcance para entenderlo- lloré de sentimiento mientras le hacía a mi madre un montón de preguntas...

Todo lo que rodea a la muerte da para mucho pensar; sobre todo cuando se tiene poca edad. El cementerio también tenía para mí muchos misterios. En las vísperas de Todos los Santos y Difuntos era costumbre visitarlo para arreglar las lápidas. Por primera vez acompañé ese año a Vicenta y a Mariquilla. Iban provistas de cubos, estropajos y artículos de limpieza; mucho ánimo y ganas de hablar.



El camino era una peregrinación de personas que, como ellas, iban a limpiar, pero acrecentado por la travesía sentimental de muchos familiares escarbando en sus recuerdos.

Cuando dejábamos la última cuesta, un camino custodiado por cipreses y rústicos bancos de piedra nos recibió. Una cancela de verja, junto a la capilla, daba paso al camposanto. Apenas pusimos los pies en él comenzó mi interrogatorio:

-¿Qué es ese edificio de allá- pregunté ante una especie de caserón que había a la entrada?

-Es el osario. En ese lugar echan los huesos cuando los sacan de las fosas- me contestó Vicenta. Algo en mi interior se alteró...

-¿Y ese cobertizo con cristales, con una mesa de mármol en medio? Parece tan fría...- comenté algo inquieta.

-Ahí hacen las autopsias. Esta vez fue Mariquilla la que intentó explicarme qué era eso.

-¿Y esas lápidas blancas, pequeñas, de ahí atrás? – interrogué de nuevo.

-Es el lugar donde entierran a los niños-; me respondieron con un tono conmovido. Fue mi primera percepción de que los niños podíamos morir... A partir de entonces estuvimos un rato en silencio.

En esos días los panteones familiares de la gente rica estaban abiertos por la operación de la limpieza. Varios de ellos llamaron mi atención porque para acceder al interior había que bajar unas empinadas escaleras. También sentí admiración ante muchos formidables mausoleos con extraordinarias esculturas de la Virgen, Jesús y colosales ángeles afligidos de gran belleza.

Por aquel entonces en el cementerio de mi pueblo no había nichos. Tenía una gran extensión de terreno y era suficiente para albergar el dolor y la ausencia estable de sus gentes. Era un lugar bello -a pesar de su entorno de muerte-. Junto a los sarcófagos muchos rosales y arriates floridos perfumaban las presencias ocultas. Entretejiendo las sepulturas, árboles singulares y numerosos cipreses. De las ramas de éstos pendían unos frutos esféricos que tenían todo el aspecto de una calavera; me inquietó su similitud y me atreví a preguntar:

-¿Qué son, y por qué parecen cráneos? ¿Qué hacen ahí arriba...?

-Son los espíritus de los muertos que necesitan respirar y vuelan hacia las ramas para sentirse libres;- me dijo Vicenta, echándole una imaginación que me sobrecogió. Tardé en preguntar de nuevo. Hasta que me llamó la atención un comentario de dos mujeres que bruñían la lápida colindante:

-¿Has entrado al “Patio de los mataos” a ver la tumba del pobre Juanillo? ¡Qué pena de hombre...! ¿por qué se ahorcaría...?

Me quedé un rato callada intentando comprender. Con una curiosidad ingenua pregunté:

-¿De qué hablan esas mujeres? ¿Cuál es ese Patio en el que hay un ahorcado...?

Mariquilla y Vicenta se miraron mientras repulían la verja de la lápida de mis abuelos; se tomaron su tiempo antes de responderme:

-Bueno...; verás... Hay personas que se quitan la vida sin esperar a que Dios lo disponga: ¡y eso es un gran pecado!

-¿Y cómo lo hacen y por qué...?

-Hay varias maneras. Pero eres pequeña para entender estas cosas. Es mejor que le preguntes a tu mamá; ¿vale?

-Bueno, pero decidme lo del “Patio de los mataos”: ¿dónde está y qué es? Quiero verlo.

No muy convencidas -me pareció- nos desplazamos a un rincón del cementerio en el que, después de subir unos cuantos ajados peldaños, accedimos a un triste recinto con muchos enterramientos, la mayoría sin lápidas; sólo promontorios de tierra. Sobre ellos una tabla con los datos del difunto los personalizaban.

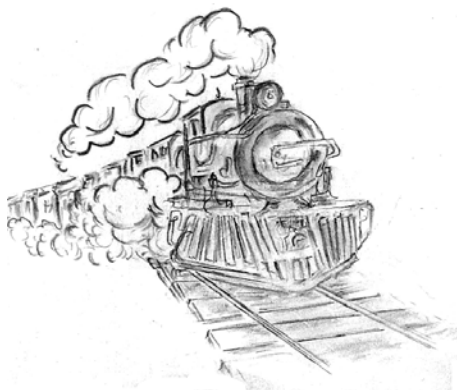
El espacio carecía de jardines y ornatos de cualquier tipo; asimismo de cruces. Algún ramo de flores aislado, junto al epitafio, rompía con estridencia rebelde la atmósfera acusadora en la que aquella sociedad aislaba a los que se suicidaban; también, creí entender, a los que no creían en Dios.

Aquello me conmovió tanto que no articulé palabra; tampoco en el camino de regreso. En él oí comentar a las chicas, algo preocupadas:

-¿Habremos hecho lo correcto con la niña?

Aún no he olvidado aquel lugar ni la fuerte sacudida que me produjo.

Ya he dicho antes que todo lo que rodea a la muerte da para mucho pensar...



Alpechín

El Camino de la estación era un trayecto inhóspito y árido. Estaba bordeado por cercas espinosas -apenas sujetas por ruinosos leños-, que en tiempos de bonanza protegían semilleros y pegujales; en esos momentos, derrotadas por el abandono, sus espinos eran punzadas de nostalgia. Perros abandonados -estandartes de la infidelidad y la barbarie humanas- husmeaban en lo vallados con el rabo lampiño entre sus escuálidas patas. Sus cuerpos, como frágiles cascarones de barco derruido, translucían su agonía solitaria.

Esqueletos de almendros, castaños, acebuches..., retorcidos en su sequedad poblaban los aledaños del atajuelo como presencias mortecinas del recuerdo. En las cunetas -heridas profundas del sendero- corría el fluido negro y fétido del alpechín. Para obtener este jugo, prensando las aceitunas entre capachos, se necesitaba el auxilio del agua hirviendo; esto me sugería un sacrificio incruento, silencioso, oculto tras los muros de los molinos.



En las zanjas colindantes solía verse algún capacho inservible,

desahuciado de tanto exprimirlo; símbolo de la opresión y el sometimiento que sufrían algunas gentes.

Embarrada en épocas de lluvia, esta travesía se convertía en una ruta aventurada. Era frecuente cruzarse con figuras chocantes procedentes del ferrocarril: hombres con la boina calada hasta los ojos, escondiendo su mirar arrugado. Vacilantes, con andares recelosos dentro de precarias alpargatas; envueltos en abultados y ruinosos capotes, triste herencia de la reciente guerra civil. Mujeres encerradas en anchurosos mantones, cubriendo sus cabezas con pañuelos de hierbas, y amplias faldas que servían de cobijo a su mercancía. Huidizas, silenciosas, rehuían al transeúnte desconocido. Arrastraban su realidad furtiva por la tierra árida del camino. Sólo alguna caja de cartón, atada con guitas, o determinado tipo de alforjas o talegas delataban su condición azarosa de viajeros.

Estas personas se apeaban de los vagones de forma temeraria, cuando unos kilómetros antes de llegar al andén el tren iba aminorando la velocidad. Se escondían entre matorrales y olivos con su mercadería hasta que el convoy se ponía de nuevo en marcha y la Guardia Civil -siempre vigilante en el apeadero- volvía al pueblo.

Era habitual verlas aparecer por los cañaverales o tras las tapias de los molinos por el Camino de la estación, como enjambres dispersos: silenciosos, furtivos, velados...

Parejas de grajos rasgaban con sus graznidos los atardeceres sombríos y grises de la postguerra. Un rumor de precariedad y penuria tañía en el ambiente de la ruta. Los que elegían ese atajo al azar eran almas errantes, romeros de la vida, que no conocían sus vientos.

Escuchando a los mayores descubrí que aquellas gentes que bajaban del tren de manera clandestina eran estraperlistas. Especulaban con alimentos negociando en pueblos, aldeas, cortijos...

Me enteré que el padre de Perico -aquel niño del arrabal, que se sujetaba el pantalón con un sólo tirante, precario, “respingao”...-, se dedicaba a eso; y también su abuela. Que por eso ella vestía aquellos refajos ampulosos cuando se iba con su hijo a peligrosas andanzas, anegadas de frío y clandestinidad. Las faldas tenían que ser holgadas, lo suficiente para esconder el género si les daba el alto la Guardia Civil.

Zacarías, el padre de Perico, tenía fama de buena persona. Se le veía poco, porque se pasaba el tiempo trajinando por el monte y las vías del tren. Era querido por los vecinos y oía decir que, antes de la guerra, era un hombre trabajador, decente, muy considerado en el pueblo. La penalidad y el hambre le empujaron a esa actividad del estraperlo, para sobrevivir a duras penas. Según contaban quería dejarlo pronto y dedicarse al oficio de ditero -u “hombre del sello”, como también se le llamaba en algunos lugares-: (persona que fiaba todo tipo de artículos bajo cobro fraccionado –semanal o diario- a domicilio, registrando el pago con sello o anotaciones en el día correspondiente en una abultada libreta de tapas negras de hule). Un trabajo útil y demandado en esa época de precariedad.

Aquella tarde -vísperas de Semana Santa- botando mi balón por la ronda de las almazaras, acompañada de Mariquilla, nos alejamos algo de casa disfrutando del sol. Sin advertirlo habíamos llegado al Camino de la estación. En el acceso a él me detuve en seco, con la expectativa y emoción que produce lo inexplorado y misterioso. Aunque la niñera insistía en proseguir el paseo, yo estaba fascinada por aquella travesía inhóspita y prohibida, de la que oía contar singulares historias. Divisamos a cierta distancia unas figuras que se iban acercando procedentes del ferrocarril, puesto que esa era su ruta. La curiosidad nos inmovilizó y la certeza de lo que vi, al llegar a nuestra altura, me llenó de congoja y estremecimiento.

Una pareja de la Guardia Civil traía esposado a un hombre. Cuando pude distinguir sus rostros advertí que el arrestado era Zacarías, el padre de Perico. Conocía sus desventuras y supe por qué lo habían detenido. Por unos instantes Zacarías y yo cruzamos

nuestras miradas, y al invadirme la suya vencida, rota, humillada..., un sentimiento nuevo mezcla de pesadumbre, rebeldía e impotencia inundó mi ánimo; un sentimiento jamás experimentado, como de adulto que se acaba de estrenar.

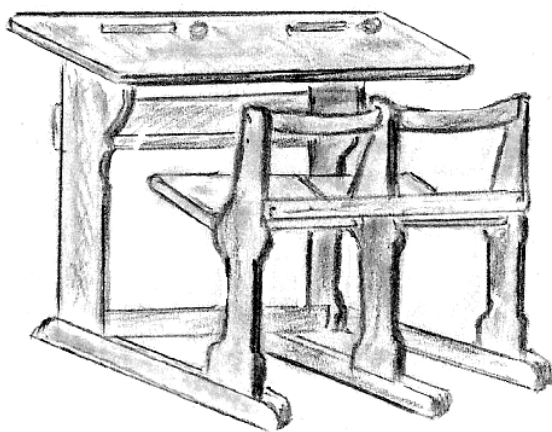
Nunca había visto un preso. Me pareció una imagen atroz, aterradora: las manos inmovilizadas por fuertes grilletes; su figura, rendida entre tricornos y fusiles, sometida, claudicada... Mi impresión fue tan fuerte que sufrí un leve desvanecimiento. Aquella imagen se instaló en mi sensibilidad, abriendo un surco permanente de encuentro y cercanía con el ser humano. Creo que, por primera vez, sentí que nada de lo que hasta entonces me fue ajeno, me sería ya indiferente. Volvimos al pueblo, deseando con todas mis fuerzas no encontrarme con Perico.

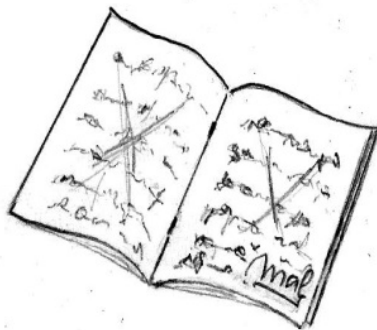
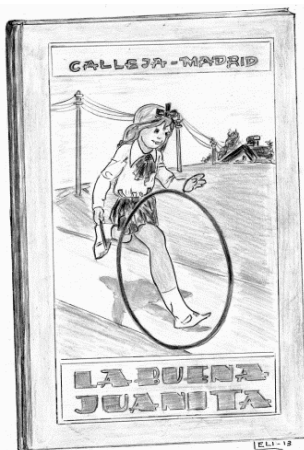
La cárcel -cuyo rótulo en la puerta rezaba “Depósito Municipal”- estaba situada en el centro del pueblo, en un palacio rehabilitado. Tenía que pasar por sus puertas para ir al colegio. Lo hacía de prisa, y no podía evitar mirar de reojo la cancela negra de forja, que separaba el zaguán de un patio del que sólo se veía un ángulo solitario. Me estremecía ese edificio.

Estábamos en Semana Santa. Olía a azahar, a incienso. Música sacra paseaba las calles acunando la primavera religiosa. Era costumbre que el Viernes Santo el paso de Jesús Nazareno hiciera una parada en la puerta de la cárcel, frente a la reja de entrada. En ese momento un preso, seleccionado de antemano, salía al encuentro de la Imagen, y tras recibir la bendición de Jesús (un sistema mecánico accionaba el brazo), absolviéndolo, era indultado por el Juez. Cientos de personas se arrodillaban con cirios encendidos; el viento mecía sus llamas en un arrullo de devoción y fervor. Esa escena, preñada de silencio respetuoso – roto sucesivamente por la corneta del torralbo, el miserere, cantado por el sorchante y la banda de música tocando el Himno Nacional- desprendía dramatismo y recogimiento entre los asistentes. Ese año mi alegría fue inmensa cuando divisé que el reo indultado era Zacarías. Postrado, entre sollozos, miraba a Jesús lleno de gratitud y esperanza.

Al salir de la prisión, con ayuda de buena gente, pudo dedicarse al oficio de dintero, que era su deseo. Iba cada mañana, de casa en casa con su libreta de tornillos, la sonrisa puesta y la frente alta. A veces lo acompañaba Perico; que, por cierto, ya se sujetaba el pantalón con dos sólidos tirantes.







“La buena Juanita”

Así los últimos serán los primeros, y el primero último: pues muchos serán llamados, pero pocos serán elegidos, pero conmigo sor Severa -que también fue premonición la de sus padres al ponerle el nombre...- no se cumplió nada de esto. Usted, Madre, no pensaba que la última alumna llegara a ser la primera, ni mucho menos, ¡qué va! y sí me llamó y eligió ese día para el castigo temido cuando menos lo esperaba, porque seguía esforzándome con los cuadernos de caligrafía y por imitar a “La buena Juanita”-siguiendo su consejo-, niña modelo de nuestro libro de lectura. Yo confiaba en su estima y aprobación, porque nunca me reñía y elogiaba mi comportamiento y mi interés por las materias; sobre todo por la lectura y el cálculo, que aprendí rápido. Mi mayor problema era con la letra -¡mi pesadilla!-, y siempre me lo dijo con cierto enfado. Tengo que reconocer que con otras niñas era peor: les rompía las hojas o se las tachaba antes de llegar al castigo amenazado porque según usted, Madre, no ponían interés. Yo creía en su justicia, sor Severa, y daba por hecho que mi dedicación y empeño eran valorados positivamente. Ese era el mensaje que yo percibía: “mientras te esfuerces todo va bien...” Por eso mi sufrimiento fue mayor al estar asistido por la sorpresa. Y no es que en esos momentos pensara que no tenía su afecto, compréndame Madre, es que hirió mi moral. Quizá estaba

mal acostumbrada, convencida de que las amonestaciones no iban conmigo. Creo que nunca tuve que ir expulsada “al cuartito” (¿se le daba ese nombre al retrete para no usar esta expresión, quizá porque era ordinaria o sugiriera el culo, palabra casi prohibida entonces?); esa pequeña habitación era el destino de muchos castigos, que tampoco yo padecí. También es verdad que nunca me oriné en el borrador de la pizarra, como hizo Amanda, ni rompí las huchas del Domund por jugar con ellas. Tampoco até los picos de las tocas de sor Francisca y sor Inés, mientras oraban en la capilla, -¡qué risa pasamos cuando se levantaron...!-. Yo sabía quién lo hizo, pero nunca fui “acusita” con mis compañeras, aunque no estuviera de acuerdo con algunas travesuras, como la del ratón en el cajón de su mesa: jesa fue sonada! Tal vez por no conocer el castigo de cerca -tal vez por todo un poco- cuando ese día, junto a otras compañeras, me prendió con alfileres en la espalda el cuaderno abierto -para que se vieran bien los borrones y la mala letra- y me envió al aula de las mayores a desfilar entre los pupitres, creí morir. No recuerdo haber pasado una humillación tan fuerte y dolorosa.

Cuando salí de aquella clase, custodiada por las risas semiocultas de las niñas y la expresión cómplice de sor María, encargada de ese curso, y regresé a mi pupitre, ya no era la misma niña que cruzó a la clase de enfrente unos minutos antes.

Me pareció notar que usted, Madre, de alguna manera, me miraba con cierta pesadumbre que yo no llegué a comprender. Pudo ser una lección a mi dudosa arrogancia de crearme intocable, pero no lo fue. Empañó mi relación franca con usted, sor Severa (se lo habría comentado en su momento, si no la hubieran trasladado poco después de este episodio), y perdí la confianza en el estímulo y el esfuerzo. Además, ¿sabe?, a partir de ese día “La buena Juanita” me pareció una ñoña cargante; una niña cursi e insoportable.

El niño perdido fue hallado en el templo, como me ocurrió a mí aquel jueves, inicio de primavera, en el que usted, sor Severa, organizó una excursión a Los Baños del Santo, “a poco más de un

kilómetro del colegio”, nos dijo. Aún ignoraba -madre- que se marcharía poco tiempo después. Yo no iba muy contenta; todavía me duraban la amargura y la confusión por el episodio del cuaderno. Además, desde entonces, me sentía turbada e insegura ante cualquier novedad. También por situaciones que no entendía y nunca me atreví a preguntarle; como por qué las niñas pobres (como oía llamar a las que no usaban uniforme) tenían el recreo en otro patio al que usábamos nosotras, otra escalera de acceso y diferente lugar en la capilla. Me imagino que, en el caso del templo, algo tendrían que ver los uniformes (por lo de la cosa vistosa y eso –digo-...), que también fueron contrariedad para mí el día en que mi madre fue a inscribirme en el colegio. Recuerdo a la madre portera, sor Teófila, enseñándonos dos muñecas vestidas con los respectivos uniformes; el de diario y el de gala que teníamos que llevar obligatoriamente. La muñeca estaba monísima con el de fiesta, pero mi madre no tenía nada claro que hubiera que hacer ese gasto –era un exceso, según ella-, para unas cuantas fechas señaladas: “Más adelante, comentó: ahora el de diario”. Pero a mí me encantaba el de vestir, tableado con su cuello duro... En especial me gustó el escudo de plata -copia pequeñita del que llevaban las monjas en el pecho-, con una eme mayúscula y una coronita encima. Me sentí muy decepcionada cuando la madre volvió a guardar las muñecas. Tampoco a ella le hizo mucha gracia la decisión materna; se notó en su cara confusa. Confusa me cogió a mí en el momento que anunció usted la excursión. Al principio ni me enteré, porque mis pensamientos recorrían otros caminos imaginados, en los que no había humillaciones ni rencores; y eso me hacía sentir bien.



Creo, sor Severa, que en aquellos días aprendí que el resentimiento no era bueno para nada; para mí desde luego que no. Y empecé a disculparla pensando que lo del castigo lo había hecho por mi bien, aunque yo no lo entendiera. Quizá fue tan grande el esfuerzo por superarlo que ahora estoy incapacitada para el rencor, aunque -como entonces- me hiera mucho lo que considero injusto y me siga causando congoja y sufrimiento.

Y eso fue lo que padecí en aquella salida al campo. Distráida, cogiendo amapolas y jaramagos, me separé algo del grupo. Cuando quise incorporarme a las demás habían desaparecido. Anduve por caminos y senderos cercanos, pero sólo encontraba silencio y vacío: ¡me había perdido! Subiendo una cuesta divisé una iglesia. Dirigí mis pasos turbados hacia ella, pero estaba cerrada. Me senté en los peldaños de la puerta, cansada y con los pies doloridos. Pensaba en usted, madre, y me decía: “¡ella vendrá, ella vendrá!...” El tiempo pasaba y la tristeza se iba apoderando de mí. En mi abrigo rojo de lana me escondí del frío que empezaba a sentir, a esperar no sabía qué... Creo que recé a mi ángel de la guarda: “Ángel de la guarda dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, que me perdería...” Recordaba el cuadro que había en casa de mi vecina Bernarda: unos niños atravesando un ruinoso puente sobre un río caudaloso, protegidos por la figura celestial. Las flores que había cortado por la mañana empezaron a marchitarse –como mis pensamientos-, y lo sentía porque las había cogido para usted, sor Severa... ¿¡No me echó de menos!? ¿¡Cómo pudo dejarme atrás!? Peor aún: ¿¡cómo no se dio cuenta de que no estaba en la clase!? No recuerdo haber tenido miedo, pero sí una gran soledad y desamparo. Me contaron que Mariquilla, mi niñera, montó una escena impresionante en el colegio cuando fue a recogerme por la tarde y nadie me encontraba; que el pánico se instaló con mi ausencia y todo eran nervios y desconcierto entre ustedes, las monjas. Me estuvieron buscando por los lugares recorridos en la excursión. Fue Mariquilla la que me encontró -ya cayendo la tarde- al reconocer a lo lejos un bulto rojo, inmóvil, acurrucado en su propia espera, en los fríos escalones de la Iglesia del Carmen.





Una palabra que empezaba por “B”

Yo entonces lo percibía todo con la mirada inocente y curiosa de mis pocos años. Mi existencia pasaba monótona, llena de seguridades y certezas que yo habitualmente no cuestionaba. Aunque tenía muchos interrogantes, curiosidades que nunca osaba preguntar.

Supongo que mis padres eran el abrigo de mi inconsciencia infantil, retardando y protegiéndome de los inevitables relentes de la vida; como el que congeló mi ánimo aquella mañana de invierno.

Nevaba ese jueves en el que la calma habitual del barrio se vio rota por un suceso que fue el comienzo de una inesperada historia. Escuché un revuelo en la calle y al asomarme vi gente arremolinada en la puerta de mi amiga Mercedes: El frío es muy malo para el corazón..., oí comentar a algún vecino.

Mi amiga habitaba con sus padres, Juana y Gonzalo, una casa cerca de la nuestra. Teníamos buena relación de convivencia, amistad y respeto. Juana y Gonzalo se conocieron a través del voluntariado de las madrinan de guerra; una actividad utilizada como apoyo moral a los combatientes. Las jóvenes se ofrecían para mantener una correspondencia regular con los soldados, que creaba en ellos una ilusión tan necesaria en un lugar donde reinaba el espanto y la muerte. Las muchachas no sólo mandaban

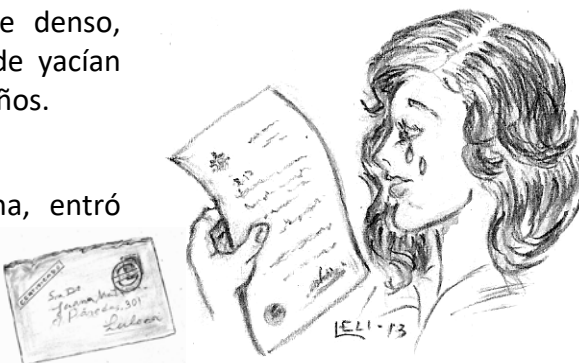
cartas; sus ahijados también podían recibir distintos regalos como tabaco, jerséis, mantas... Y, por supuesto, medallas religiosas y los conocidos distintivos con el lema: ¡“Detente bala”! A través de las cartas Gonzalo y Juana se enamoraron y al acabar la guerra, pasado un tiempo, celebraron la boda.

Eran buena gente, amables y campechanos. Cuando jugábamos en su casa, si el padre se encontraba en el hogar -porque el trabajo le obligaba a viajar constantemente- nos hacía reír y pasar buenos ratos con historias fantásticas sobre sus periplos por el país: era divertido, llano con todos, y muy cariñoso con Juana y con Mercedes. Hija única, me envidiaba que tuviera un hermano:

-Deseo tanto tener uno... -solía decirme con frecuencia. Y no entendíamos por qué no la complacían: yo estaba encantada con el mío, y lo quería muchísimo.

La muerte repentina de Gonzalo aquel aciago jueves, a causa de un infarto, hizo añicos el espejo donde se reflejaban el bienestar y la seguridad de Mercedes y su madre. Sus almas fracturadas por el golpe de la ausencia -fragmentos velados, vacíos de contenido- permanecían estáticas en el suelo árido de su realidad; una orfandad nublada anegó sus vidas en un ambiente denso, gris y mortecino donde yacían los recuerdos y los sueños.

La madre, deshecha, entró en un profundo abatimiento, que se agudizó hasta la paranoia a raíz de una carta que le llegó como respuesta a su solicitud de prestación por viudedad.



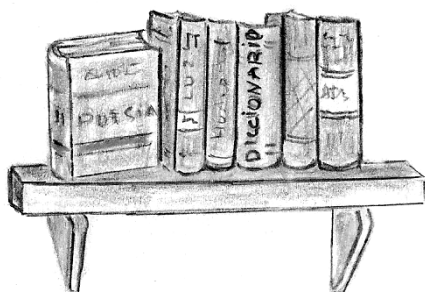
En la penumbra de su hermético destierro Mercedes se convirtió para ella en una sombra ignorada. Mi amiga penaba aturdida su terrible soledad; la abdicación sistemática de su madre ante la vida. Le era difícil entender por qué se pasaba las horas

abstraída, sin rumbo en su mirada, sin demostrarle cariño y asida a aquella carta que era la causa del aumento de su tristeza, abandono y desesperanza. Yo compartía con Mercedes su trastorno, su angustia ante una situación que no alcanzábamos a comprender.

Un día mi amiga me comentó que, escuchando una conversación, oyó una palabra -de la que ignoraba su significado- relacionada con la carta y el estado de su madre. Recordé que en casa, en el estante del comedor, reposaba un libro donde mi padre decía que se encontraban todas las palabras:

-Buscaremos esa palabra en cuanto nos dejen solas -le comenté.

Aquella tarde, a las cinco, se presentó la ocasión. Con la palabra anotada en un trozo de cuaderno, y alteradas por el misterio y la ocultación, extraje de la repisa el abultado libro (en el lomo se leía, "Diccionario") y lo abrimos por la letra "B". Estábamos leyendo el significado cuando se oyó la puerta de la calle y tuvimos que ponerlo rápidamente en su lugar.



No entendimos muy bien el sentido del término que medio pudimos leer. Pero nos recordó algo nuestro juramento cuando nos hicimos amigas: una tarde lesionamos ligeramente nuestros dedos para que brotaran unas gotas de sangre; las fundimos juntando las yemas y juramos, con ese pacto de sangre, fidelidad y cariño eternos. Sacamos la conclusión de que la palabra bígamo significaba que Gonzalo, el padre de Mercedes, rompió antes de morir, de alguna manera, un pacto con su madre. Que por eso ella estaba destrozada y vencida.

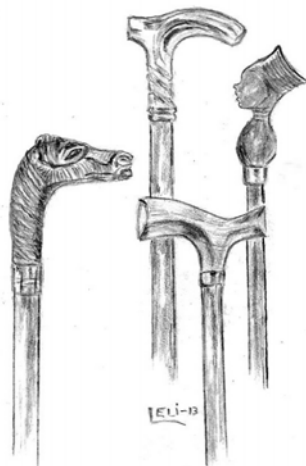
Más tarde supimos que su padre ya gozaba de una familia - esposa y un hijo poco mayor que mi amiga- cuando se casó con

Juana. Convivía con las dos familias, y ese era el motivo de sus largas ausencias; no sólo su trabajo de viajante.

El matrimonio de Juana y Gonzalo no era legítimo. La pensión le correspondía, legalmente, a la primera esposa que aún vivía en Salamanca junto al hijo de ambos: Eso le comunicaron a Juana, en aquella fatídica carta, desde la Administración, respondiendo a su demanda de pensión por viudedad.

Mercedes tuvo un hermano cuando ya le era indiferente. Porque, en aquellos momentos, lo que más deseaba mi amiga, desde su desamparo y orfandad, era tener una madre.





Los bastones del entresuelo

Ese año el invierno se prolongó: fue frío y húmedo en exceso. Nevó en varias ocasiones -como en el día que murió nuestro vecino Gonzalo- y, aunque todos gozábamos con la nieve, ya teníamos ganas de disfrutar del sol y la temperatura agradable propia de la primavera; que en el orden cronológico había llegado pero climatológicamente se estaba demorando.

En la familia teníamos proyectos para disfrutar cuando el buen tiempo se instalara aprovechando los días con más horas de luz, que nos daba opción a tener otras actividades después del colegio.

En casa nos gustaba dibujar y habíamos ideado para las tardes unos planes atractivos e ilusionantes. Mi madre tenía conceptos básicos de dibujo y pintura, y se nos ocurrió montar -con mucho humor y atrevimiento- una especie de taller doméstico en el comedor de casa; no sólo para la familia, sino para los allegados que quisieran.

Corrimos la voz entre los amigos más interesados, y tejimos un grupo entrañable y motivado: ¡un grupito heterogéneo, humano, precioso...! Una de mis amigas, Mara, atravesaba entonces por un mal momento: perdida en la afectividad, confusa y falta de estímulo. En el grupo halló equilibrio emocional y, sobre todo, creímos, el encuentro consigo misma. Su autoestima creció con el

cariño y el refuerzo del grupo; y prendió en ella toda la luz que tenía empañada.

Adquiríamos los soportes para pintar en un comercio no especializado en artículos para arte (el mismo donde admiraba los juguetes de mi infancia), pero que tenía cuanto necesitábamos en aquellos momentos y nos atendían muy bien:

-Vicente, necesito un tablex de cuarenta por cincuenta; y otro de treinta por veinticinco.

-Sin problema, Leli;- eso está hecho.

El siguiente paso era imprimir la madera para poder trabajarla. Creo recordar que esa base la hacíamos con una mezcla de agua, cola de piel de conejo y blanco de España, que adquiríamos en la droguería de nuestro pariente Manuel.

El soporte así preparado y con una suave acción de lija, ya era apto para pintarlo. (Más tarde compraríamos las tablas ya preparadas, y lienzos, pero esto fue mucho después, cuando habíamos agotado casi todas las existencias de óleos que había en el pueblo.... Aún conservo mi primer cuadrado al óleo, y un boceto de mi hermano -que ahora tiene trabajos muy buenos-: las dos tablas las contemplo ahora con gran ternura y benevolencia).

Una de aquellas personas es ahora un gran pintor y escultor. Catedrático y Doctor en Bellas artes, y artista reconocido con muchos premios y exposiciones -varias de ellas en Madrid, donde en algunos centros oficiales hay colgadas obras suyas.- También ha expuesto en Italia, Portugal, Sevilla, New York... Como es lógico no ha llegado a ello por aquellas tardes inolvidables, sino por su talento, vocación y trabajo. (Mi madre sólo poseía nociones aprendidas en el colegio, mucha fantasía, creatividad y espíritu de acogida). En la reseña de un libro que publicó este amigo, la mencionaba; ella aún vivía y él le pidió autorización para hacerlo. No hemos perdido ni el afecto ni el contacto; aunque éste sea esporádico.

Entre “inspiración” (bueno...), esfuerzo, buen humor y churretes de óleos, transcurría el rato y, al caer la tarde, nos

visitaba el cansancio. Un día se nos ocurrió que llegado ese momento podíamos dar un paseo al aire libre. Alguien propuso:

-¿Y si subiéramos a la Ermita de la Virgen...?

Todos nos miramos con ilusión y algo de reparo; pero aceptamos el reto de subir a esas horas de la tarde; habitualmente esa subida se hacía madrugando, por el calor. El Santuario de la Virgen dista del pueblo seis kilómetros. Entonces había que acceder a él a través de una carretera terriza, franqueada por olivares que abanicaban con su ramón la fatiga devota del caminante. A mitad del trayecto “La fuente de la Virgen” era una parada obligatoria para tomar aliento, saborear un bocadillo y refrescarnos con su agua. Dice una canción “aracelitana”:

*...“A la Sierra de Aras sube la gente.
En mitad del camino hay una fuente;
si no la hubiera, si no la hubiera
a rezarle a la Virgen también subiera...”*



Con la alegría instalada, entre cantes populares y fandanguillos, emprendimos el primer día el ascenso. Los más valientes treparon por la trocha; el resto caminito “alante”, parando en la “Primera Cruz” para descansar y disfrutar el paisaje. Fue muy placentero y lúdico pero notamos la falta de un apoyo en la esforzada marcha.

Al regreso recordé que en el entresuelo de casa había una colección de bastones antiguos que nadie usaba. Se lo comenté a mi madre y accedió a que cada uno eligiera el que más le cautivara. La elección fue un jolgorio: los había torneados como columna salomónica; de hierro ligero con empuñadura de plata; de madera de nogal o ébano; de caña de bambú... Pero nuestra sorpresa y sobresalto fue descubrir -por casualidad, jugueteando con él- que el más simple de estética y ligero en su manejo, portaba en su interior un largo estilete. Cuando hacíamos la

marcha el que lo portaba no podía resistirse a dar bromas macabras al resto del grupo.

Asimismo nos adueñamos -para protegernos del sol- de un conjunto de pamelas y sombreros arcaicos acordes con los cayados y de la misma época: ¡qué fiesta de humor aquello...! Éramos como un desfile ambulante de antigüedades, que tenía por pasarela el mecido suave de los olivos, encinas y pinos; el perfume de la jara, el tomillo, el romero...; y la música excepcional de singulares pájaros.

Pienso que nunca anduvieron esos báculos por mejores caminos, ni usados con tanta querencia festiva y cimientos emotivos.

A raíz de las subidas a la Ermita se fueron agregando algunos amigos; no así a los momentos lúdicos de la pintura. Pero todos tenían un hueco entre nosotros; y, cómo no, una “gancha” de puntal y algún tocado estrafalario...

Han transcurrido muchos años desde aquellos días especiales. Cada uno de nosotros emprendió caminos diferentes -al igual que el diseño de los bastones-; se sustentó en realidades y vocaciones diversas, pero la experiencia vivida en aquel tiempo ha sostenido la amistad y el afecto de los que la vivimos: como el más fiel y sólido bastón del entresuelo.



*No queda más exilio que la propia memoria,
los recuerdos que saben
quién has sido, las largas deserciones
de la vida.*

*...El resto es el futuro
que sólo cumplirás en la distancia...*

Miguel Velayos

Epílogo

Los recuerdos son compartimentos del alma donde hurgamos con cautela para despertar los sueños dormidos: una imagen desenfocada, un lugar misterioso donde guardamos la película de nuestra vida.

En estas reducidas evocaciones -hasta los doce años, en que me mudé de barrio y mi vida sufrió un cambio importante- he elegido pequeños instantes, acontecimientos que quedaron tallados en el rumor de mi infancia. La retrospectiva me ha supuesto descubrir que mi memoria infantil -oculta en la nostalgia- sólo dormía en el tiempo.

Los episodios de Navidad -a los que hago alusión en las páginas anteriores- transitan aún por mi mente con cálidos pasos: el Belén, la matanza, el sacrificio del pavo, la elaboración de los dulces típicos y los licores; la fiesta de Reyes... Estábamos en la postguerra y estas fiestas, de ilusión grande para los niños, reflejaban la escasez y precariedad de muchas familias.

La idea de la guerra que yo percibía en mi infancia era como un extraño cuento con muchas y variadas hojas; ilustraciones de personajes -héroes o traidores según la persona que me lo refería- y una historia de miedo llena de escenas dolorosas, que nunca acababa de aprender porque nadie me la contaba de igual manera; no siempre eran los buenos -o los malos-, los mismos

protagonistas; muy confuso para una niña de siete u ocho años – que fue a la edad en que yo empecé a escuchar y discernir-.

Mi referencia, palpable, con esos años de la contienda –como algunos la llamaban-, habiendo pasado siete u ocho de la “victoria”, era el pan negro de racionamiento que comían las gentes que no disfrutaban de acceso al blanco. Llegué a darme cuenta que lo del pan, las cartillas de racionamiento, las visitas prohibidas a ciertas casas y las lágrimas de muchas mujeres enlutadas tenían que ver con lo que –a veces casi en susurro-, oía comentar como “la guerra”.

Más tarde, bastante más tarde, pude apreciar que no éramos iguales los niños- como mi hermano y yo- que jugábamos a “las tiendas” con las cartillas de racionamiento en desuso (ya he comentado que mi padre regentaba un comercio de comestibles y estanco), que los pequeños que paseaban el pueblo –con vestidos y semblantes velados- enviados por sus madres, libreta en mano, a todo tipo de establecimientos demandando subsistencia; trocitos de penurias y necesidades dosificadas en fragmentos de papel. Por eso, observando esa situación, le pedí aquella Navidad a mi madre que me dijera por qué había “niños grises y “niños de colores”.

Todos los recuerdos que he substraído a mi memoria carecen de proezas, acciones extraordinarias o travesuras insólitas, pero así pasaba mi niñez en lo referente a mi conducta, que no siempre era análoga a mis emociones. Vivía la vida que me dictaban, no la que yo hubiera elegido: siempre he sido protagonista de la vida que me han dejado vivir.

Esto contribuyó a que tuviera un poderoso mundo interior. En esa parcela estaba sembrado mí verdadero yo: voraz, curioso, insaciable por el conocimiento del ser humano y su entorno. Con muchos interrogantes sobre temas que no comprendía. Mi refugio y necesidad eran la lectura. No siempre solventaba mis curiosidades, pero era alimento para mi imaginación: un regazo

maravilloso para mis sentimientos. Nunca ha dejado de serlo; es como una adicción del ánimo.

Además de los cuentos clásicos evoco con ternura los de “Calleja”. Eran pequeñitos, baratos y los niños lográbamos acceder a ellos; los de “Mari Pepa”, que me exponían una realidad muy distinta a la mía: niñas ricas, de Madrid (a quienes las criadas llamaban señoritas, aun siendo niñas), educadas en estupendos colegios de monjas: traviesas, consentidas, pero buenas chicas; los libros de “Antoñita la Fantástica...” (cómo me divertían...). Y “Pañolín rompenubes”: un personaje, mezcla de niño y angelito, que andaba por los cielos, algo despistado, y que iba de nube en nube viviendo sus aventuras. (No sólo me gustaba leerlos; también copiar sus imágenes y pintarlas; los colores siempre han tenido un gran protagonismo en mi vida).

Y los obligados “La buena Juanita” y la “Cartilla Moderna de Urbanidad” que, junto con el catecismo “Ripalda”, estudiábamos en el colegio.

Pero especialmente recuerdo el terrorífico y devoto “Año Cristiano” que mi abuela me glosaba a diario. Cada capítulo describía a un mártir degollado, hervido en aceite o descuartizado vivo por no renunciar a su fe y que, para mi asombro, aún mostraba fuerza para cantar himnos de alabanza durante la tortura. Me impresionaba mucho, sobre todo si eran niños; como me ocurrió con “Santa María Goretti,” mártir de la pureza; estuve mucho tiempo afectada.

(Muchos de estos textos los he recuperado en facsímil; aunque tengo dos ejemplares, uno de “Antoñita la Fantástica” y otro de “Mari Pepa” originales, regalados por mis hijos. Con suerte lo encontraron en librerías de usado y segunda mano. Todos ellos suelo abrirlos, acariciarlos con un amasijo de presencias nostálgicas en mi mente, disociadas ya por la distancia).

Emilio Salgari y Julio Verne alimentaban mi fantasía, transportándome a lugares insólitos donde lograba vivir historias increíbles.

Un año los Reyes me trajeron “El príncipe feliz”. Fue un encuentro con la ternura, el sacrificio y la bondad; me marcó para siempre. Mientras estuviera viva no quería vivir en el “Palacio de la Despreocupación”, como le ocurrió al Príncipe. Despertó en mí el sentido de la solidaridad.

Toda esta mezcla de lecturas -y muchas más que no cito- sacudían mi sentimentalismo y me incitaban a la búsqueda del conocimiento y a situarme en un universo que me era desconocido y complicado. Los libros me abrieron ventanas a un entorno que intuía de puntillas.

También contribuyeron los que podía sustraer del armario negro en la casa de mis abuelos: tan solemnes y protegidos; voluminosos, misteriosos... Primorosamente encuadernados por mi bisabuelo, que era librero.

Esa casa era para mí un pequeño paraíso lleno de sorpresas, incidencias y objetos fantásticos que me hacían feliz. La figura de mi abuela fue esencial en la formación de mi sensibilidad y amor por lo artesanal. Ella lo ejercía y me fascinaba verla y oírla hablar de la belleza de cualquier objeto: fuera porcelana, barro, madera, cristal...

A mí me encantaban las botellas y en la despensa, bajo la escalera, había un arcón lleno de ellas de muy distintos tamaños y diseños. Las talladas y primorosas para el Rosoli; las más sencillas para la conserva del tomate.

Poco antes de escribir este epílogo tuve la suerte de asistir al nacimiento caprichoso de algunas botellas. Verlas salir de una matriz de burbuja a través del soplo artesano, y tomar identidad, fue una experiencia inolvidable. Para mí no son sólo vidrio: bajo su piel, noble y variada, palpitan esencias dormidas. Han soportado altas temperaturas en su proceso, antes de forzarlas a una fisonomía determinada; y la eliminación de tensiones internas para que sean resistentes al uso y al maltrato. Me recuerdan al ser humano.

También, como nosotros, condicionan: cualquier fluido que quiera habitarlas ha de someterse a la estructura de su esqueleto;

y a la indiscreción, cuando éste es diáfano. Pero el sometimiento es mutuo: tienen que albergar lo dulce y lo amargo; lo que sana y lo que enferma. El calor, junto al frío más intenso (como el alma de estas pequeñas memorias). Incluso, en la antigüedad – agazapados en pomos especiales-, pequeños jirones de muerte en pótimas de cicuta. Todo ello reprimido por mordazas de corcho o cristal.

Recuerdo con cariño las damajuanas, de color verde oscuro, que solía haber en las casas en variados tamaños. Servían para transportar vino o aguardiente. Estaban revestidas por un trenzado de canasta o mimbre para protegerlas de golpes. Como nosotros, los objetos ocultan su interior a conveniencia. Nacemos transparentes, pero la demanda del usuario nos adapta y doméstica.

Me conmueven las botellas que, sorteando corrientes y olas, atraviesan los flujos marítimos defendiendo, fielmente, la complicidad de un mensaje. También me enternecen los perfumadores, aliados de nuestro aroma; y los búcaros, que arrullan el perfume de las flores...

Siempre me ha seducido el vidrio. Me siento bien junto a él. Por sus venas corre la cal y la sílice de mi tierra. He vivido rodeada de estos elementos que, transformados en botellas, son presencias de espejos que cobijan mis afectos.

Hoy, todas estas evocaciones surgen como susurros acompasados en el registro de mi memoria sacudiendo su letargo. Y necesito expresarlo con palabras, porque ellas redactan cuanto soy.

Pienso que escribir es vaciar el espíritu delicadamente; gota a gota, quejido a quejido. En aquellos años llevaba un diario - confidente de mis silencios; depositario de mi carga sentimental-. No lo compartía con nadie, ni siquiera con las amigas más íntimas.

Con ellas lo pasaba muy bien y en los juegos aprendí a conocerlas y a conocerme... Recuerdo a Clara, que era algo dominante; había que hacer lo que ella quisiera; nadie se arriesgaba a replicarle. Yo lo llevaba muy mal y un día me decidí a

rebatirla: “¿Porque tú lo digas...? Pues no me parece bien; ¡yo no juego a eso...!” Me miró sorprendida (aún recuerdo su expresión) y desde aquel momento cambió su actitud conmigo y, en parte, con las demás. Siempre me ha gustado razonarlo todo, analizarme; quizá para llegar al conocimiento profundo de las personas, de las cosas; de mi misma. Y a medida que conocía iba cambiando.

Me sentiría fracasada si no hubiera sido así. Esto me ha supuesto madurar en compañía y descubrir, poco a poco, que nada me es ajeno; a solicitar hospitalidad en otros corazones... Aunque haya entrañado, en muchos momentos, sufrimiento y decepción. Ya lo dije en un poema:

*Hoy,
mirándome en el espejo
de mi realidad (...)
me he reconocido en el alma
de tantas coexistencias habitadas; (...)
...Soy un poco
de todos cuantos amo y amé.
Soy todos.
Soy una:
soy gente.*

Ahora desconfío de las situaciones que lucen con fastuosas señales llamativas; cualquier soplo de viento ajeno las puede apagar. Prefiero las brasas residuales, el rescoldo sereno, cálido cuando se apagan las llamas. Hay que acercarse a ellas para sentir su calor y ayudarlas con un soplo para mantenerlas vivas.

Quizá por eso tenga esa aprensión al agasajo en público. En más de una ocasión he eludido participar en algún evento -me pasó con unos cuadros no hace mucho- por la incomodidad, aunque fuera remota, que me produciría recibir alguna distinción con auditorio. Prefiero la caricia del reconocimiento -si lo hubiera - en la intimidad sencilla del afecto compartido.

He disfrutado, y sigo disfrutando –además de mi sustancial familia- de muchos y heterogéneos amigos: distintos en edad, creencias, actitudes, cultura... Ricas experiencias humanas que me han ayudado a conocerme, a descubrir mis defectos, debilidades, carencias...; pero para superarlas y admitirlas con humildad.

A estimar en cualquier semejante no la aparente excelencia, sino su humanidad, cariño, nobleza...; actitud solidaria y positiva ante la vida. Y algo que considero esencial: intentar vivir la gratuidad.

Con Rafa, Isabel, Manuel, Paquita, Antonio... -amigos del alma- fui aprendiendo, y aprendo, a escuchar a las personas aún en sus silencios; a valorarlas y quererlas desde ellas mismas: desde su realidad, no desde la mía. En su compañía experimenté que el reconocimiento de los valores ajenos nos hace más libres y auténticos. Que es bueno ir con la mano siempre extendida: para pedir ayuda o para auxiliar al que necesite levantarse.

Todos juntos hemos amado, sufrido y absuelto nuestras debilidades desde unos ideales arraigados en el amor y la amistad. Quizá con pasos inseguros y torpes: como un niño que empieza a andar, a ver su espacio desde otra perspectiva, se siente inseguro y de vez en cuando se vuelve a caer, pero persiste de nuevo. Con estos compañeros de viaje perdí el miedo a la libertad.

Con algunos habité un mensaje de Buena Noticia y esperanza cristianas que cambió nuestras vidas para siempre: Ignacio, María, Pepita, Luis... Muchos ya partieron de esta vida, pero la huella de sus pasos sigue fresca y tiene voz.

Tantos matices y experiencias que me habitan son el núcleo que ha suscitado la tenue criatura que ahora soy: entre otras cosas -expresión de José Luis Sampedro- a ser aprendiz de mi misma.

A la par que yo he ido cambiando, la sociedad, igualmente, ha dado un vuelco positivo en algunos aspectos. Cuando he regresado al pueblo pasados los años he reconocido en algunos hombres a aquellos niños de “un solo tirante” (como comento en el capítulo del “El alpechín”), hoy estupendos ciudadanos

incorporados a la tarea noble de levantar -social y culturalmente- a su pueblo.

Asimismo he visto, con alegría, a muchos “Pericos”, nietos de “Zacarías”, que van por la vida con “dos sólidos tirantes”; sin saber de diteros ni caminos de la “Estación”; que oyen al “torralbo”, el Viernes Santo, no como reos indultados en los citados ejemplos de posguerra, sino siendo ellos los autores de la música y quienes la ejecutan desde un prestigioso conservatorio. Toda esta realidad me colma de satisfacción y me hace sentir una gran esperanza.

Intento comprender la naturaleza humana, y al mismo tiempo ser rebelde ante las injusticias que generan tantas desigualdades entre los pueblos; las causas que las sostienen. Sé que un pequeño grupo de ciudadanos de la Tierra disfruta y maneja el ochenta por ciento de la riqueza mundial en un capitalismo feroz, insolidario y criminal. Dejando que millones de personas mueran por falta de alimentos, medicinas o agua potable; padeciendo, además, ausencia de recursos para la educación y el desarrollo integral.

Así lo denuncian economistas y humanistas; misioneros y teólogos, políticos íntegros, y gente de a pie que es conocedora de esta iniquidad moral. Y mi silencio e indiferencia -cuando los hay- me hace sentir cómplice de esta ignominia.

El mundo me duele; y creo que este malestar ya es crónico. Pero soy consciente de que para combatirlo no basta con padecer sus síntomas; hay que implicarse y arriesgar. En ese debate ético y espiritual batallo, sabedora de mis cobardías y mutismos. Soy gota indecisa en el mar de las criaturas, pero espero -a pesar de mis limitaciones- que cuando llegue la hora de mi partida me encuentre inmersa en esa masa de agua a la que siento pertenecer.

Madrid-Guadarrama, octubre, 2013

Índice

<i>En el recuerdo</i>	<i>7</i>
<i>Crónica de un pavo anunciado.....</i>	<i>19</i>
<i>Ya vienen por las “Fontanillas”</i>	<i>25</i>
<i>Sentimientos de ida y vuelta</i>	<i>33</i>
<i>La toquilla parda</i>	<i>39</i>
<i>Mariposas</i>	<i>47</i>
<i>La muerte sequilla</i>	<i>49</i>
<i>Entierros de cuatro capas</i>	<i>53</i>
<i>Alpechín</i>	<i>61</i>
<i>“La buena Juanita”</i>	<i>67</i>
<i>Una palabra que empieza por “B”</i>	<i>71</i>
<i>Los bastones del entresuelo.....</i>	<i>75</i>
<i>Epílogo</i>	<i>79</i>



“Los recuerdos son compartimientos del alma donde hurgamos con cautela para despertar los sueños dormidos: una imagen desenfocada, un lugar misterioso donde guardamos la película de nuestra vida.

En estas reducidas evocaciones he elegido pequeños instantes, acontecimientos que quedaron tallados en el rumor de mi infancia. La retrospectión me ha supuesto descubrir que mi memoria infantil –oculta en la nostalgia- sólo dormía en el tiempo.

Araceli Calzado Manjón-Cabeza



ISBN 978-1-291-65212-3

90000

ID: 14279052
www.hulu.com



9 781291 652123